

COLECTIVO

NO. 4 // INVIERNO 2024

PLANETA MISTERIO

Copyright © 2024 por Oscar González Cruz

Todos los derechos reservados.

Ninguna porción de este libro puede ser reproducida en ningún formato sin la autorización previa del autor.

ÍNDICE

1. DEBE PAGAR POR ADELANTADO	1
Otero k. LeRev	
2. PIQUETES	7
Adriana Álvarez Castañeda	
3. ALA, AHMA Y AMLA	21
Barbarella D'Acevedo	
4. LO COMÚN QUE RESULTA QUE LOS APARATOS NUEVOS SE AVERÍEN	29
Marco Doguez	
5. CLAC	41
Valeria G	
6. OBSEQUIOS, RECUERDOS Y CURIOSIDADES DEL COSMOS	51
Krsna Sánchez	
7. LA COSECHA	59
Aníbal Hernández	
8. COCODRILO LUNAR	75
José C. Sánchez	

9. «CÓSMOSIS» POTENCIALIDADES DE LA ABIOGÉNESIS	83
--	----

Julio María Fernández Meza

ARTE DE LA PORTADA	111
--------------------	-----

— • —

DEBE PAGAR POR ADELANTADO

OTERO K. LERÉV

Buenos días, estimada señora. Primero que nada, un anuncio: Si usted va a contratar nuestros servicios, tiene que saber que va a morir.

No intente hablar, no responderé. Estoy seguro de que se pregunta por qué aparecemos en un momento tan complicado. Quiero que sepa que debe guardar la calma; nuestro operador le puede ofrecer algunos calmantes, pero si no confía en nosotros, tan solo respire. Inhale durante diez segundos, exhale durante otros diez.

¿Calmada? Bien. No ha de preocuparse. El operador frente a usted ya ha contactado a un equipo que se encargará de «limpiar» su desafortunado incidente. A cambio se le pide que siga atenta a mis palabras.

Le dije al principio que va a morir... Bueno, esto es inexacto, y sé que podría elegir una manera menos ambigua para describirlo, mas considero apropiado despertar su curiosidad —o su indignación—, con una declaración explosiva. Acúseme de mentiroso, de abusar de la teatralidad, no me importa.

La verdad es un asunto semántico. En el lenguaje común hay varias formas de morir; además de físicamente muerta, usted

puede estar emocionalmente muerta, profesionalmente muerta o legalmente muerta. También es un asunto ontológico, de lo que usted entiende por su *ser*.

Pero basta de palabrería, usted quiere saber a qué nos dedicamos.

Somos una empresa de seguros con una cobertura especial, adaptada a la medida de nuestros clientes. No importa lo intrincada que sea la situación, contamos con un equipo multidisciplinario compuesto por expertos en cada campo imaginable, desde la tecnología más avanzada hasta la planificación estratégica. Estamos siempre listos para actuar con precisión quirúrgica, eliminando todo rastro de su existencia en el momento exacto que lo solicite. Seremos su carta de escape definitiva, su última opción en el momento más crítico. Si necesita desaparecer por completo, cortar todos los lazos con el mundo que conoce, nosotros estaremos allí para hacerlo posible, con la discreción y eficiencia que solo nuestra experiencia puede garantizar.

Quizás usted solo se ha cansado de su vida. Ha alcanzado todo lo que el mundo puede ofrecerle, mas su riqueza ya no llena el vacío en su alma; los lujos y comodidades que antes le emocionaban ahora le parecen rutinarios, monótonos. Anhela algo más profundo, algo diferente, algo que le devuelva el sentido de aventura que alguna vez tuvo. Puede que sueñe con vivir de otra forma, reinventarse por completo, pero para ello necesitará más que una simple reinvención espiritual: necesitará una nueva identidad, un nuevo cuerpo, una nueva vida.

O tal vez, simplemente, el deseo de escapar la consume. Quiere una aventura sin fin, un viaje permanente, muy lejos de

todo lo que conoce, sin límites, sin regresar jamás. Una vida de libertad absoluta, lejos de las cadenas invisibles que le atan a la sociedad.

Aunque, por otro lado, es posible que la necesidad de desaparecer no sea solo un capricho. Puede que usted se haya visto atrapada en una situación incómoda, en la que las fuerzas de la ley le persiguen implacablemente. No se preocupe: Nuestro trabajo es servirle, no juzgarle.

Nuestra póliza la respalda. Contamos con una amplia red de proveedores y socios en todo el mundo, lo que nos permite brindar una respuesta completa y efectiva en cualquier caso.

Seguro que tiene una pregunta, la veo lamerse los labios y alzar una ceja: «¿Cómo es posible esto?» Después de todo, los métodos actuales de reconocimiento forense pueden descubrir casi cualquier subterfugio.

Pues, como le he dicho, es un hecho que usted va a morir. O más bien, alguien genéticamente igual a usted. Solo necesitamos una muestra de su sangre para comenzar con el proceso. Además de, por supuesto, el pago por adelantado.

No puedo darle detalles al respecto —y estoy seguro de que le aburrirían—, pero basta con saber que, en el lapso de un año, existirá una persona igual a usted en una de nuestras instalaciones. Hablará igual que usted, caminará igual que usted, tendrá sus mismos valores, deseos y pulsiones.

Entiendo que, en este punto, le invade la curiosidad, quizás también se pregunta por las implicaciones éticas; mas no debe preocuparse por ello, la sustituta no es consciente de nada. No sabe, no cree, no piensa más que lo que se le ha enseñado. Véala

como otro activo de su empresa ¿No es usted libre de disponer de lo que ha pagado con su dinero?

Cuando se requiera el servicio, en un lapso de 24 horas, le extraeremos de donde se encuentre en ese momento y la sustituta tomará su lugar. Luego, estará un tiempo en alguna de nuestras instalaciones donde le asignaremos una nueva cara, un nuevo cuerpo, una nueva vida. En este punto, pasará lo que tenga que pasar y la sustituta cumplirá su propósito.

Aunque usted no lo crea, la fase siguiente es lo más delicado. Por eso insisto: *Usted va a morir*. Le digo esto porque algunos de nuestros clientes (un minúsculo porcentaje de excepciones) manifiestan después de un tiempo el deseo de volver a sus antiguas vidas.

Pero ya no son ellos ¿Entiende el problema? De igual forma, cuando acepte el servicio, tendrá más información acerca de todo el proceso y asesoramiento psicológico de alta calidad para que la transición sea lo más tranquila posible.

No tenga miedo ni vergüenza. Nuestra compañía le asegura el 100% de confidencialidad. Obviamente, no podemos comentarle quiénes han sido nuestros clientes, pero la lista incluye estrellas que llevan años en la tumba.

Como verá, la elaboración de la sustituta y el proceso consiguiente no es nada sencillo, por eso pedimos el pago por adelantado, así el servicio no se vaya a utilizar.

Me alegra que haya llegado al final de este mensaje. Sepa usted que, si está escuchando esta transmisión, considérela un privilegio: está en nuestra lista de clientes. Sabemos que entiende su situación, después de todo, nuestro equipo está en su hogar, limpiando a su esposo de las paredes. No se

preocupe, saldrá bien de esto, será un regalo de parte de la compañía, porque estamos seguros de que querrá nuestros servicios. El intercomunicador quedará inutilizado apenas acabe la transmisión. En breve, un operador le indicará un lugar seguro a donde habrá de dirigirse para proceder con la primera entrevista.

Recuerde: Debe pagar por adelantado.

Otero k. LeRev (Venezuela, 2000). Ingeniero de sistemas. Trabaja como desarrollador web. Cuando no está escribiendo código está escribiendo (o leyendo) cuentos. Además de la literatura, disfruta del cine, la música, el anime y manga en sus ratos libres.

— • —

PIQUETES

ADRIANA ÁLVAREZ CASTAÑEDA

—Eso es todo. Solo necesitamos una morra.

Cheto sonrío de oreja a oreja. Se cruza de brazos y alza el mentón, como orgulloso de escupir sus pendejadas. Hace la misma pose que cuando se pone a repartir consejos para la baraja. Las apuestas y *las morras* son sus debilidades, según él. Y asume que las de nosotros igual.

—Bueno, necesitamos una morra, un testigo y un supervisor —se corrige, repite por tercera vez su ingenioso plan—: Que la morra le hable poco a poco. Que le sonría, que se gane la confianza del inspector. Que cada vez platiquen más de cerca. Entonces, dentro de una semana o dos, que la tipa arme un griterío. El Buitre o el Púas pueden hacer de testigos. Y uno de ustedes tiene que confirmar la historia de que el inspector la toqueteó. Solo así nos vamos a deshacer del culero de Vargas.

—Ja, ja. —La carcajada se me sale sin querer.

—¿Qué, Mofles? ¿Se te ocurre algo mejor?

—No, no. Nada, jefe. —Mi risa es de incredulidad, de sorpresa. El cínico piensa chingarse a Vargas en serio.

—¿Crees que la Judith se anime? Solo tiene que hablarle de cerquita y ya.

—Ni idea.

—Pregúntale, por favor, Mofles —insiste Cheto—. Ve y avísame qué te dice. Rápido, antes de que se acabe el receso.

—Yo también estoy en receso, Cheto. —Le doy una mordida a mi torta para recordarle que sus supervisores tenemos la mala costumbre de comer tres veces al día.

—Órale pues. Ahí me avisan qué pedo. Me voy a echar un cigarrito. —Se levanta de la silla y va a hacerse güey durante la siguiente hora y media—. A ver, Coca, déjame pasar.

Coca, que hasta hace tres segundos estaba parado frente a la puerta, va y se sienta a mi lado. Espera a que Cheto se largue, y me pregunta:

—¿Es neta?

—Ja, ja. —Ahora sí me rio a gusto—. Ese güey está fuera de control. No le hagas caso a sus pendejadas.

—Parecía que hablaba en serio. Y pues sí estaría chido descansar tantito del ojete de Vargas.

—Vargas nada más hace su chamba. La neta este lugar es un puto mugrero. ¿O tú sí le pondrías de esta azúcar a tu cafecito en las mañanas?

—Pues no, pero también que no mame. Si sigue haciéndola de pedo nos van a clausurar. Hasta él se quedaría sin jale.

—Ja, ja. Tranquilo, güey, eso no va a pasar.

—Si apenas el mes pasado cerraron el ingenio azucarero de Atencingo.

—Esos fueron otros pedos.

—Y últimamente siento que Vargas la trae contra mí. El muy gacho paró por diez minutos a mis costaleros.

—Ves. ¿Para qué tienes hecho un desmadre? —Quedan cinco minutos de receso. Le doy dos mordidas más a mi torta.

—Es en serio, Mofles. El pinche Vargas no me suelta.

—Tranquilo, Coca. Así es con los que recién empiezan de supervisores. Al rato le baja a su pe...

Dos golpes retumban en la puerta de metal.

—¡Estoy en *break*, mano! Ahorita no estén chingando. —Por eso me caga comer en la oficina durante el receso: es cuando la banda aprovecha para venir a molestar: "No me pagaron mis horas extra", "necesito que me den un día libre", "¿a qué hora vamos a salir hoy?" Pinche gente.

Tres golpes más.

—¿Qué pasó?!

Dos golpes más.

—¡Pásale!

Se abre la puerta y veo de reojo cómo el Coca se pone pálido del susto.

—¿Saben quién está a cargo del área de empaque? Tienen hecho un desastre, no pueden empacar así —dice Vargas. Bien sabe que Coca es el responsable, pero le gusta hacerse güey.

—Nosotros, patrón. Pero no se apure. Vamos a ver qué onda. Vente, Coca.

Y salimos, los tres, hechos la madre. Acomodo mi cofia y mi casco. Me pongo mis guantes negros, los de limpieza, en el camino. Coca hace lo mismo. Ya no está pálido, ahora se le ve rojo del coraje.

—¡Hazle caso a tu papá, Mofles, no te vaya a pegar! —grita uno de mis trabajadores. Los demás que están en el pasillo se cagan de risa. Ni modos, así pasa a veces. Y en estas veces a

los supervisores nos toca aguantar vara: limpiar lo que esté mal puesto y seguir costaleando. El pobre Coca se lo toma todo muy a pecho. Ya se le va a pasar.

—Así no se puede trabajar. Necesitan poner ahí a alguien que se haga cargo de esa área. Está todo muy cochino —insiste Vargas con su voz irritante. Habla rápido. No se le ven los labios, están escondidos debajo del bigote canoso. Y se alcanza a oír cómo la saliva se le acumula bajo la lengua—. A ver si le puedes a hablar a Cheto o a alguien para que venga a poner orden. Así no van a poder seguir empacando.

Coca y yo azotamos la puerta al entrar y, en efecto, el lugar está hecho un desastre. Costales rotos, azúcar en el piso, tarjas llenas y, la cereza en el pastel: dos cucarachas junto al secador.

—¡Ay, no! ¡Ay, no! No, no, no —dice Vargas. Saca su cinta roja y empieza a acordonar.

—Pásame la pala, Coca. Vente. Trae una bolsa también. —Ni modos, así pasa a veces. Y en estas veces toca palear lo que sea que esté en el suelo y llevarlo al contenedor de basura. Sí, así de fácil, nomás que a Vargas le encanta hacer un escándalo. Lo de los bichos sí es una mamada, pero eso ya es cosa de los que vienen a fumigar. Como quiera recogemos todo y, de las dos cucarachas, solo una se me escapa. La otra, ya aplastada, va a dar a la bolsa de Coca.

Queda un minuto para arrancar de nuevo. La raza se acerca para empezar a costalear. Coca arranca el secador y la tarja de la llenadora automática.

—¡Oye, ¿qué te pasa?! —grita Vargas, con su voz ahora ahogada por el escándalo de las máquinas—. ¡No pueden empezar, todo esto está contaminado, oye!

Coca lo ignora. Acomoda a sus chavos. Levanta un costal más del piso.

Vargas grita. Va y aprieta el paro de emergencia de la secadora. Pone más cinta alrededor del tanque. Está que se lo lleva la chingada.

—¡Háblale a Cheto! ¡Háblale! ¡Háblale al gerente! —repite cada vez más fuerte.

Valió madres. Yo lo sé. Coca lo sabe.

Los costaleros se burlan de nosotros. Salgo del cuarto de empaque entre carcajadas rencorosas y me voy hacia mi área, hacia los evaporadores y las centrifugadoras. Le digo a mi gente que paren por un rato, que vayan a ayudarle a Coca a limpiar. No vamos a poder continuar hasta que Vargas libere.

—¿Y ahora? ¿Otro *break*? —pregunta Judith mientras apaga su máquina.

—Nel, ya quisieras. Ve abajo a ayudarle a Coca.

—¿Otra vez a la lavada?

—Ni modos, así pasa a veces. Toca lavar.

—Es como siempre les digo: él es uno solo, nosotros somos un chingo. No es posible que el cabrón de Vargas nos pare a cada rato —dice Cheto.

—Nosotros no estamos buscando manchitas en el piso todo el día. Tenemos que estar al tiro para cuando se joden las máquinas —me susurra Coca.

—¡No digas mamadas, Coca! —Cheto grita y agita las manos al aire—. Una hora parados por culpa de tu desmadre es demasiado. Sálganse los demás. Tú quédate, Coca.

Y el resto de los supervisores abandonamos la oficina.

Está cabrón empezar el día con una regañada. No es como que nos guste trabajar así, pero, si el gobierno de verdad quiere implementar sus programas nuevos de higiene, estaría bueno que Cheto y sus jefes contrataran más gente.

Ni modos, se hace lo que se puede.

Jorge, el costalero estrella, me sigue el paso:

—Buenos días, Mofles. ¿No sabes si ya llegó Coca?

—Buenos días, Jorge —digo sin detenerme—. Sí vino. Está hablando con Cheto. Ahorita llega.

—Es que no están acomodadas las tarimas de costales.

—¿Y luego? Acomódalas, canijo.

—No seas cabrón, Mofles. Están bien pesadas. Coca es el que siempre nos las acomoda.

—Y tú estás bien mamey. O usa un montacargas si no las puedes.

Jorge se queda pensativo. Reconozco la urgencia en sus ojos. Es buen tipo. Está chavo. No es de los que les vale madres.

—No tienes licencia de montacargas, ¿verdad?

Jorge no responde. Sabe que tengo que ir a prender mis evaporadoras. Sabe que el tiempo apremia. Reconozco el destello de una poco brillante idea en sus ojos. Mi abuelo me dijo una vez: si quieres durar mucho en un jale, nomás hazte pendejo. El abuelo de Jorge quizá le dijo algo distinto.

—No te apures, Jorge. Yo voy. —Ignoro el consejo de mi abuelo para echarle la mano al pobre de Coca. Gente como

él no duran acá, pero sus niñas también tienen esa pésima costumbre... la de comer tres veces al día.

—Gracias, Mofles. Voy a prender tus máquinas, si quieres.

—No te apures, Jorge. Judith le sabe: se pone las pilas cuando no llego a tiempo.

Pierdo diez minutos de mi nada valioso tiempo en acomodarle sus costales. Tres tarimas llenas más otras seis vacías junto al área de estibado. Debe durarle hora y media. Acomodo el montacargas en su sitio, arranco los secadores, prendo la banda de llenado, y me voy a mi área. Jorge acomoda a la gente de Coca y se resuelve el pedo.

Así de fácil.

Un día más en el paraíso azucarero.

Atravieso en chinga el pasillo y, al entrar a mi área, me recibe el griterío burlón:

—¡Aguas, Mofles, ahí anda tu papá!

En efecto. A Vargas le toca iniciar su recorrido por mis evaporadoras. Alzo la vista y lo veo ahí mero, platicando muy a gusto con Judith. Vargas se cruza de brazos, sonrío, escucha atento las palabras de mi operadora. Ni idea de qué tanto le diga, pero la morra estampa el inicio del plan de Cheto con un golpecito afectuoso en el hombro del inspector.

Pinche Coca. La convenció.

No sé qué pasa por la mente de gente como Vargas. Ha de estar cabrón ser el villano todo el tiempo, ser el ojete, el que todos

se quieren chingar. Es lo malo de tener patrones como Cheto, que a fuerzas ven todo blanco o negro. Mi abuelo decía: en el mundo no hay gente buena o mala, nomás hay títeres, personas haciendo lo que les toca.

A Vargas le toca cuidar que no haya desmadre, a nosotros: hacer lo que se pueda.

Pasan los días y siguen parando al área de Coca de vez en cuando. Yo mando a mi gente a echarle la mano. Sacamos la chamba de la jornada entre todos, pero hay algo nuevo. El plan de Cheto está en curso. Cada vez que pasa por mi área, Vargas se queda un rato embobado con Judith. Los golpecitos a veces son jalones de mejilla, palmaditas en la mano y hasta abrazos cortitos. Ni modo, así pasa a veces. Cuando te apendejas, te apendejas, y ni quién te ayude.

Algo va a pasar...

Vargas se aleja poco a poco de Judith, todavía sonriendo.

—Es chula esa muchacha, ¿verdad, Mofles?

—¿Judith? —Hago como si no supiera qué pedo.

—Ándale, esa.

—Acá todos jalan parejo, pero la Judith es de las más rifadas, sí.

—Oye, y acá indiscretamente: ¿no sabes si tiene vato?

—Está casada, sí. Tiene dos morros.

Vargas sube y baja la cabeza. Suspira, como decepcionado, mas no se le borra la sonrisa.

—Sale pues, Mofles. Pórtate bien, ahí vengo.

—Qué esté bien, inspector Vargas. Nos estamos viendo.

Y se va. Si pudiera se pondría los ojos en la nuca para seguir viendo a Judith. Ella sigue en lo suyo. Yo sigo en lo mío. Y a los

diez minutos se oyen las alarmas del paro de emergencia del área de empaque.

Pararon otra vez a Coca.

—¿Toca lavada? —pregunta Judith.

—Toca lavada.

Paramos todo, y le echamos la mano a los costaleros.

Gente como Coca no duran mucho acá. Gente como Cheto tampoco. Ni siquiera la gente como Vargas. Hay demasiados pedos. Mil y un formas de regarla. Mil y un formas de que te señalen con el dedo. Los que duran son los costaleros y los operadores, personas como el Púas. Pero los Púas se hacen cachitos la espalda antes de llegar a la jubilación. Los Jorges también pueden estar aquí un buen rato, hasta que por las prisas y la urgencia terminan provocando un accidente. Las Judiths durarían más, pero los Cocas las meten en problemas por hacer las tarugadas que se les ocurren a los Chetos. Mi abuelo decía: si quieres estar mucho tiempo en un jale, nomás hazte pendejo. Y cuando nos hacemos pendejos por mucho tiempo, los Mofles aprendemos a oler cuando algo se está pudriendo.

Termina el *break*. Voy a mi área, y Vargas para todo. La primera vez que me ocurre en lo que va del año. La causa: una supuesta mancha en un evaporador. Veo al inspector trepado en la escalinata de mi primer tanque, entonces apago los clarificadores, corto el flujo hacia los secadores y me pongo los guantes de limpieza.

—¡Muy mal, Mofles! —grita Vargas. Las máquinas están apagadas. Se oye clarito su voz. Aun así grita—. ¡Así no se puede trabajar! ¡Trae a Cheto, tienen que tirar todo esto!

—Judith, abre el seguro de la llave de purga, por favor. Voy a apartar todo eso —le indico a la operadora.

Me lanzo por un par de totes para guardar el contenido del evaporador. Los demás se mueven rápido para ir por las cosas de limpieza. Judith abre la llave, y la pulpa humeante cae en los recipientes que acabo de traer. Subo por la escalinata, y me altero un poco:

—Eso no es una mancha, Vargas. Es un rayón. El tanque está rayado.

—¿Cómo va a ser una raya? Es una mancha. Está manchado. Está negro.

—Aquí la iluminación no da bien. Está rayado. —Estoy a punto de seguirle a la discusión, mas no tiene caso. El tanque podría estar impecable, pero aquí eso no importa. Vargas tiene la última palabra—. Igual no se preocupe, ahorita lavamos.

—Y que quede bien limpio, por favor —remata el inspector.

Cuando los Mofles llevamos mucho tiempo acá aprendemos a limpiar en chinga estos evaporadores. Pero no es suficiente. Llevo tres jornadas seguidas de regaños con Cheto. Y aunque mis tanques están limpios todos los días, algo me huele a podrido. Vargas no se ha acercado a Judith en casi una semana.

Al área de Coca no la han parado. Las cosas se sienten turbias. Entonces decido actuar.

Suena el paro de emergencia de los costaleros, del área de Coca.

Judith me mira enseguida y pregunta lo obvio:

—¿Toca lavada?

—Toca lavada. Y llévate un trapeador extra por si las dudas.

Camino por los pasillos con calma. Lo de hoy va a tomar mucho más tiempo de lavar. Las risas burlonas de los costaleros se convierten en gritos de horror. Me carcome un poquito la consciencia, pero se me pasa rápido porque tomé mis precauciones. Le di sus piquetes a Judith para que confesara que recibió 500 varos para ligarse al inspector. Le di sus piquetes a Coca para que me reenviara el audio que grabó en la oficina de supervisores, el mismo que usó para ganarse la confianza de Vargas, donde clarito se oyen mi voz, mis carcajadas y el plan estúpido de Cheto. Mi abuelo solía decir: a que lloren en mi casa, que lloren en la de otros. Hoy se va a llorar en la de Coca.

Vargas corre y escucho su voz detrás de mí.

—¿No sabes qué pasó, Mofles? —pregunta el inspector.

—Ni idea, jefe —le respondo, y dejo que se abra paso entre la multitud.

La gente se acumula en la entrada del área de empaque. Algunos lloran, otros se llevan las manos al rostro, sin explicarse cómo la cabeza de Coca terminó en aquel estado, a 180 grados de su posición original, con el cuello todo torcido.

Vargas, temblando de nervios, acordona un perímetro alrededor del cadáver del joven supervisor. Alza la mirada y, cuando lo tengo de frente, saco con cuidado el muñequito de tela y paja de mi bolsillo. No quería llegar a esto, pero le doy unos piquetitos en el brazo izquierdo al muñeco. El inspector rasca su propio codo de inmediato y, desde ese día, le baja por siempre a su desmadre.

Adriana Álvarez Castañeda (Morelos, México, 1991).
Maestra, pero no de vudú.

— • —

ALA, AHMA Y AMLA

BARBARELLA D' ACEVEDO

Las conocí en la Alameda de Paula, en la Habana Vieja. Y un barco lanzó una queja a sus espaldas. En invierno. Invierno de Cuba que casi no es invierno. Estábamos a domingo o a martes. Se sentía como domingo. Eran tres. Trillizas. Pero no idénticas. Mulatas. Parecían de aquí mas no lo eran. Ala, Amla, y Ahma. *“Ahma con h entre la A y la M”*, aclaró Ala.

Su acento sonaba italiano. Menos el de Amla que era un poco francés. Llevaban pamelas que les cubrían el pelo, y gafas. Amla no. Amla usaba un pañuelo. Un turbante. Tenía ojos chinos. Preciosos ojos chinos.

Me invitaron:

—Vámonos a la playa.

Vámonos. Que la Habana no aguanta más. No la paran ni los nuevos inversionistas japoneses. Ni mucho menos los indios. Vámonos. Que es un peligro andar por las calles de la Habana. Ya en la Alameda hasta el piso tiembla de vez en cuando.

Y nos fuimos. A Santamaría, a Guanabo. Oye, sí. Aquí siempre se resuelve algo.

Mejor a Guanabo.

Solté:

—¡Soy lo mejor de la Habana! De La Habana. Del Caribe. De América. Y la Llave del Golfo.

Y Ala exclamó:

—¡Qué bárbaro, mi chino! Pero ¿Es verdad todo eso?

Pensé: “Es mentira. Soy un comemierda en tercero de informática. Pero no importa. Hoy me tiro con la guagua andando. A ver qué sale de esto. Cómo sale.”

Amla rió como si me leyera la mente.

Le pregunté:

—¿De dónde son ustedes?

Y ella:

—Ay, chino, si te decimos, no nos vas a creer de todos modos.

Llegamos a la playa muy rápido. Más que rápido. En un turbo privado y descapotable que yo no había montado nunca. De esos muy caros. Caía la tarde. No había nadie. Sol bueno. Todo era amarillo. Y el carro se fue.

No estaba ni el hombre que alquila las tumbonas. Ni los perros callejeros. Nadie.

Arena fina. Y falsa.

Ruinas de antiguos edificios a orillas del mar de espuma.

El niño que vende los cocos ya se alejaba. No esperó ni aunque le hice señas. Nada.

El sol iba ya a perderse entre las olas. *Desnuda estaba la noche.*

Amla se quitó el turbante. Me asombré:

—Tu pelo es fluorescente. Fosforescente.

Era verde y brillaba. Me extrañé:

—Qué tintes más buenos hay en otros países.

—Tú no sabes nada, chino —me respondió.

Después me alegré. Sus trenzas bastaban para iluminar la noche.

Las otras rieron.

Salió una luna, pálida y grande.

Ala se desnudó pero no se quitó la pamelita ni las gafas. Se entregó al mar. Sacaba y metía la cabeza del agua. Parecía una medusa de sombrillita.

Ahma reía y reía. Y también se echó al agua. Con ropa y sombrero. Especulé qué intrigas habría bajo esos sombreros:

Esto es para volverse loco. Qué clase de vacilón más rico.

—*Maferefum Shangó*. Hoy soy Shangó y tengo tres mujeres para mí solo —exclamé.

—Nos gusta todo eso. Y el mestizaje —insistió Amla con su acento francés. O a lo mejor fue Ala—. El mestizo es lo superior ahora.

Imaginé que eso sería allá, de donde era ella. De donde eran ellas. Aquí nunca ha sido así.

—Queremos tener hijos mestizos.

Y me reí.

Entonces llegaron dos agentes. Siempre vienen en pares. No sé por qué, pero es así. Seguro uno compensa lo que le falta al otro. O son pareja. Pareja sexual quiero decir. En sus trajes de lentejuelas. Para ser vistos de lejos. Cómo aquí no hay más nada. Ni luces led, ni materiales reflectantes. ¡Lentejuelas!

Expresaron a coro:

—No se puede estar en la playa después de las siete de la tarde. Son las diez. Vamos a ver a como tocamos.

Pensé, no dicen nada de Ala desnuda. Encuerá. A la bola. Pero lo van a decir. Esta vez sí se jodió la cosa. Esto es pornografía,

prostitución, diversionismo e incluso gusanera. Seguro hasta de la universidad me botan.

Ahma rio como si me leyera el pensamiento. Me leyó el pensamiento.

—No se puede estar... —repitió uno—. Aunque se podría, chama, si hacemos un arreglo. Si nos tocas con algo.

Pero se congeló como una estatua. Tieso. De piedra. El otro también.

Grité:

—¡Pa' su madre! ¿Qué pasó?

—No te preocupes, mi chino —dijo Ala—. Todo está *okay*. No pasa nada.

Especulé que era tecnología nipona. De avanzada. Como un mando de televisor. Y los agentes estaban en mute.

Ahma me dio un beso sencillo. De piquito. Yo no quería sentirme nervioso. Pero lo estaba.

Y cavilé. Ahora sí no se puede hacer nada, con esos dos mirando. De piedra pero ahí.

Ala me leyó la mente y afirmó:

—Los enterramos en la arena un ratico. Tú vas a ver qué fácil.

Entre las tres los desvistieron. Poco a poco los enterraron en la arena. Y las ropas las escondieron. No sé dónde.

Amla aseguró:

—Esos no se van a acordar más nunca de quienes son.

Y Ahma:

—Ni de la madre que los parió se van a acordar.

Uno tuvo una erección y Ala se burló:

—Mira que asta de bandera más graciosa.

Pero la enterró también.

Y ahí estaba yo. Me metí con las tres en el agua. Hasta la punta de la nariz bajo el agua. Fría como un hielo. Después de todo era invierno.

A Ala le mordí una costilla. Tenía sabor a fresa. Qué rico aquello, coño. Se nota que lo yuma es lo yuma. Ellas me besaron, las tres al mismo tiempo, los dedos de los pies. Luego chuparon. Y tuve las nalgas de Ala entre las manos. Eran lisas. Como delfines. El agua no se les pegaba. Me volví más loco todavía. Amla se sentía de sabor picante. Reía si uno le halaba un poquito las trenzas fluorescentes. Que eran como algas. Y brillaba. Todo en ella era lumínico.

Ala porfió:

—Ay, chino, lo que te espera.

Ahma me ruborizó una axila. El mar se me metía por todas partes. Me dije: Estoy muerto. Se acabó. Y después: Estoy vivo.

—¡Qué cosa más grande! —indicaron las tres al mismo tiempo— ¡Sabroso!

Y me probaron como un menú degustación.

Y yo:

—No puedo más. Van a acabar conmigo.

Una ola nos devolvió a la orilla cuando todo acabó.

Exclamé:

—Todavía estoy aquí. Aunque no sé ni cómo.

Al final llegó su nave. Un platillo dorado con forma de frijol.

Casi grité:

—¡Alaba'ó! Mira cómo era la cosa.

Y ellas:

—Vamos.

Pero rumié:

—¿Voy? ¿O no voy? Esa es la cuestión. Mejor no. ¿Qué voy a hacer en otros mundos con otras lunas y otros soles? Si aquí resuelvo. Para lo que hay, yo tiro. Siempre algo se pega. O alguien.

Amla me extendió su turbante y yo especulé, mañana lo vendo en la universidad.

—Vuelvo, chino, vuelvo —dijo Ala y me dio un beso.

Aunque no le creí e hice bien. Esas son exploradoras de planetas. Y ya en éste saben cómo se goza. Y quién sabe si tendré un hijo allá, por otros rumbos. A lo mejor hasta se llevaron un mesticito en las barrigas. Uno para cada una. Cualquiera sabe si hasta dos. O tres.

Así me quedé. En la playa desierta. De noche. Con los dos tipos que ya no son nada enterrados en la arena. Y solo el ruido de las olas y los peces.

Barbarella D'Acevedo (La Habana, Cuba, 1985). Escritora. Profesora y editora. Teatróloga, graduada del ISA y del Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso. Miembro de la UNEAC. Ha obtenido múltiples galardones, entre los que se encuentran: Premio de la Ciudad de Holguín en Narrativa, Hermanos Loynaz en Literatura infantil, XIX Certamen de Poesía Paco Mollá (España), La Gaveta, Bustos Domecq. Publicó *Basilio y el deseo* (DMcPherson Editorial), *Érebo* (Aguaclara Libros), *El triunfo de Eros* (Editorial Ácana), *Tren para Salinger* (Ediciones Loynaz), *La casa, el mundo y el desierto* (Ediciones Hurón Azul), *Marea roja* (Ediciones Enlaces), entre otros.

— • —

LO COMÚN QUE RESULTA QUE LOS APARATOS NUEVOS SE AVERÍEN

MARCO DOGUEZ

No conciliaba el sueño. La tormenta en las afueras arreciaba. Por los cristales escurrían las estrías de la lluvia, y los árboles se blandían con tal violencia que parecían capaces de romper las ventanas a consecuencia de la airada irascible.

Al posar los pies en el suelo me vino de súbito la imagen de Godofredo; los hilos de sangre que le escurrían por el rostro, los ojos hundidos en el vacío... De nuevo las visiones dentro de la horrenda pesadilla, las que, de no percibir bajo el influjo del profuso sopor, me vendrían de igual forma al encontrarme despierta.

La fotografía en medio del cuarto, colgada en la pared, se había vuelto una imagen de contemplación casi religiosa, uno de los postreros recuerdos de Godofredo. Apreté las sábanas entre los dedos y estrujé la orilla del colchón, intentando contener el sollozo.

Eché a andar con los pies descalzos. Palpé el suelo álgido bajo mis plantas, como un bloque glacial, y la pulcritud del azulejo me permitió reflejarme en su superficie.

Salí de la habitación.

En el pasillo, sobre una cómoda, se encontraba otra imagen; en ésta, Godofredo portaba un gesto mucho más melancólico, aunque ataviado con el mismo uniforme de color añil, el de Oficial. Coloqué unas varas de incienso cerca de las veladoras que reflejaban sus llamas en los marcos dorados. Las pajillas empezaron a soltar las cenizas sobre el plato encima del pequeño altar; las puse a modo de que el alma de Godofredo descansara en paz, también para intentar alejar a las otras presencias, las ánimas intrusas que pudieran estar deambulando.

En la cocina, la persiana encima del fregadero se estremeció con el súbito trueno que reventó en las cercanías. El espacio interior se mantenía inalterable, sombrío. Me dirigí hacia los controles de los silenciadores; al apagar los dispositivos pude escuchar plenas las estridencias en las afueras, los estrépitos de la tormenta que circundaba la casa. Otra resonancia me cernió los sentidos, a la vez que el raudo viento emitía un silbido frenético y el postrero rayo iluminaba por completo el lugar. Volví a encender los silenciadores, para aislar los bramidos y los estruendos. Caminé hacia el refrigerador; al abrirlo la luz del interior me anegó el cuerpo y el rostro. Cerré la puerta. Me serví un poco de néctar. Di un par de sorbos al vaso de cristal, y cerré las persianas con el control remoto, a fin de evitar que las refulgencias continuaran invadiendo el recinto. Una última centella despuntó y, al volver la vista a mis espaldas, observé la enorme forma junto a la nevera. Quedé estupefacta. La gigantesca mole se mantenía inánime, imponente con sus casi dos metros de altura.

“¡El Sirviente!”. Recordé su arribo a la casa. Lo transportaron en un burdo camión y lo condujeron hasta la sala, haciéndolo

descender sobre el azulejo con ayuda de uno de los montacargas. Signé los documentos que me hacían “propietaria”. Me conmoví ante la idea, aunque los de traje y corbata insistieron en que era necesario, además de que resultaría “reparador”.

Parada frente a él, incluso creí escuchar sus palpitaciones, el latido de su corazón artificial confundiendo con el mío, que estaba a punto de desbordarse. La persiana se abrió de imprevisto, por sí sola, y las centellas arremetieron de nueva cuenta en la estancia para alumbrar a la mole. Así, los contornos de la forma adquirieron una apariencia sumamente espectral, envuelta en penumbras. Tomé el control remoto y apunté hacia la entrada. Las persianas se cerraron parcialmente. Toda la tarde habían estado fallando y los ingenieros nunca llegaron. Me retiré aprisa, dejando el vaso de néctar a medio terminar sobre la barra, para alejarme de la grotesca presencia.

Muy temprano encendí el televisor de “cuarta pared”, aunque en realidad no le prestaba atención. Permanecía inmóvil, sobre el sofá, con las piernas recogidas, los dedos de los pies ensortijados. El volumen bajo de la pantalla me permitía cavilar de manera concienzuda. La profunda añoranza me impedía alejar mis pensamientos de quien recientemente partió. De pronto sonó el timbre en la entrada; me puse en pie y atendí el llamado.

—Treinta y cuatro-A, ¿cierto? —dijo un hombre forrado con un traje naranja de cuerpo completo— ¿La señora Humboldt?

Se trataba del ingeniero en electrónicos, quien venía a reparar las persianas.

—Pase usted —accedí en breve.

Terminó de apuntar en un pliego de hojas de color verde, y entró.

—Disculpe la demora... El mal tiempo nos dificulta seguir laborando —dijo, ya dentro.

—No hay cuidado —le aseguré.

—Los del seguro insisten en que no salgamos a arriesgar la vida en tiempos de inclemencias...

Parecía muy amable. Se trataba, sin duda, de un padre de familia; lo delataba su caja de herramientas, tapizada casi en su totalidad con estampitas de flores y corazones, algunas caricaturas de princesas, seguramente colocadas por la pequeña hija.

—¿Cuál es el desperfecto? —preguntó.

—La persiana —le respondí—, desde antier está descompuesta.

Se dirigió hacia la cocina, siguiendo mis pasos.

Ya en el lugar, se dispuso a abrir la caja de herramientas. Sus cejas se arqueaban bajo la gorra anaranjada mientras esculcaba entre los ruidosos artilugios. Su mostacho canoso parecía mecarse de lado a lado.

—Aquí está el control remoto —se lo ofrecí.

—Muchas gracias. —Oprimió los botones y el artefacto volvió a activarse—. Son muy comunes este tipo de averías... Son nuevas... En esta época es muy común que los aparatos nuevos se averíen...

Se acercó al vano con un par de pinzas.

—Voy a tener que desensamblarla por completo —remató—. ¿Puedo? —Me pedía una de las sillas que se encontraba cerca.

—¡Claro! —Se la pasé.

No tardó en usar el asiento como escalera y se montó para comenzar a desajustar las láminas.

—¿Gusta un vaso de agua..., un poco de néctar? —intenté ofrecerle.

—Gracias, estoy bien —me contestó.

Me volví a servir agua en la puerta del refrigerador. Quedé recargada en la barra. Desde allí observé las maniobras del hombre, en tanto que daba pequeños sorbos a mi vaso. No tardó más de un par de vueltas de tuercas cuando desajustó por fin el resto de las placas. Terminó con la persiana, y tomó el control remoto para, desde allí arriba, echar a andar el mecanismo.

—¡Listo! —dijo—. Como nueva.

Quedé sorprendida por la eficacia.

—¿Posee algo más que requiera reparación? —preguntó con entusiasmo.

Yo aún me encontraba azorada. Luego recordé.

—¡Ah, sí! Ahora que lo menciona... El lavador...

Era una gran ventaja el que todos, o por lo menos la mayoría de los artefactos en casa, pertenecían a la misma compañía de enseres y electrodomésticos; ellos mismos mandaban a sus ingenieros para reparar cualquier desperfecto y realizar los demás ajustes de manera expedita.

—Servicio de calidad —dijo el hombre, como leyéndome el pensamiento—. Algunos dicen que es monopolio... Yo digo que así resulta mucho mejor... Tener que ponerse en contacto con cada proveedor resulta una pérdida de tiempo... Dejarlo todo en manos de uno solo evita mayores complicaciones —aseveró al recoger sus utensilios.

Alzó la caja de lámina forrada de estampitas. Atravesó la cocina y, al pasar frente al refrigerador, titubeó.

—¡Un Sirviente! —dijo de pronto el hombre, mostrándose fascinado—. Mi suegra tiene uno... Luego de la muerte del marido...

Evité mirarlo y me apresuré rumbo al cuarto de lavado.

—De este lado —le dije al técnico de inmediato.

Él parecía sentirse muy cómodo, al grado de empezar a silbar durante la marcha. Pasamos junto a la fotografía con el moño negro. Luego, en el cuarto de servicio, el bonachón electrónico se posó delante del artefacto.

—Lo siento —dijo.

—¿Perdón? —arguí con incertidumbre.

—Veo que se encuentra algo incómoda... Disculpe si no me he comportado...

—No se preocupe. No haré ningún reporte que lo perjudique —le aseguré.

—Es usted muy amable —asintió.

Conectó el lavador que se encontraba desajustado y giró una de las perillas.

—Es la banda —anunció ante el rechinido de la caja de lámina.

Desajustó la clavija y dio vuelta al armatoste. Sus manos se llenaron de grasa tras abrir el aparato.

—Sé que es difícil —prosiguió durante el trajín—. Mi suegra al principio no lo aceptaba... Ninguna muerte es aceptable; mucho menos lo que sobreviene después. Luego de un par de años terminó por acostumbrarse —prosiguió—, no a la falta del esposo, sino a lo otro... Hizo por ignorar quién

debía ser el que se encontraba del otro lado... Lo tomó como una “compensación”... Algunos no lo superan...; incluso he escuchado de los que han intentado “cobrarse factura”. —Volvió a abrir la caja de herramientas—. Seguramente una cosa así les serviría de terapia, el descargar su enojo —continuó—. Creo que esa sería una buena idea... Hasta yo he pensado en un nuevo modelo de “resarcimiento”. —En ese momento esbozó una sonrisa que consideré pilla.

El ingeniero terminó de maniobrar y se limpió las manos con una de las franelas.

—¡Está listo! —dijo, ya que había terminado de ajustar la banda nueva, y se puso de pie.

Echó a andar el lavador. Se pasó el trapo por el rostro y luego por las orillas del enser esparciendo sutiles manchas.

—¿Sería todo? —preguntó una vez más.

—Sí —afirmé.

Recogió todo y se dispuso hacia la puerta. No quise retenerlo más tiempo.

—Ha sido un excelente servicio —le dije, condescendiente.

El hombre me hizo signar una nota final.

—Nuevamente, lo siento —dijo antes de partir—. ¡Que tenga buena tarde! —se despidió bajo la gorra anaranjada, nuevamente muy ameno.

No podía salir de mi ensimismamiento. De nuevo, desde el sofá, posé los ojos en el televisor de “cuarta pared”. Mantenerme evasiva, pensativa, me resultaba de lo más común. Quedé dormida tras recargar la cabeza sobre la superficie acolchonada. De fondo alcancé a percibir uno de esos comerciales en los que

un Sirviente entraba en acción, uno semejante al que aún se encontraba impasible y taciturno dentro de la cocina.

—“¡Wow! ¡Mamá, papá, acaba de llegar el Sirviente!” —decía el singular anuncio.

—“Tu hermano se ha marchado...; pero ahora tenemos un nuevo Sirviente!”.

—“¡Al fin! ¡La justicia a nuestro alcance!” —remataban los integrantes de la irreverente familia.

Irónicamente, al otro extremo, a un costado de la barra, mi Servidor se mantenía inamovible, dentro de la envoltura en la que preferí conservarlo, delante de la persiana que se encontraba cerrada al fin. Presentí que la mole se hallaba a la espera de atravesar el plástico, para emerger de manera abrupta y abalanzarse contra quien tuviese enfrente...

No recuerdo cómo llegué al lecho. Durante la modorra volví a advertir a Godofredo, de nueva cuenta siendo victimizado... Fue una muerte horrorosa... además de la tortura...

Desperté en medio de la pesadilla; al abrir los ojos me topé de frente con el Sirviente: ¡ahí estaba, delante del lecho, a punto de echárseme encima! Di el grito... Desperté nuevamente, solo para encontrarme con la recámara silenciosa y vacía. Los detectores de la alcoba no reportaban ninguna presencia ajena. Era la primera vez que tenía un sueño dentro de otro, o mejor dicho: una pesadilla dentro de otra.

A la mañana siguiente, conduje la furgoneta rumbo a uno de los centros comerciales en los suburbios. Miré a una anciana caminando por la acera, acompañada de un autómata de

servicio. Avanzaban sigilosos, e incluso ella parecía reprenderlo por quedar muy atrás. Un escalofrío me recorrió el cuerpo.

Dentro del establecimiento contemplé a uno de los empleados siendo asistido por otro de los acorazados. Eso me extrañó mucho más: que al trabajador le permitieran contar con su ayuda. Me dirigí al área de ferretería. Ahí, un hombre como de unos cincuenta años de edad, con un gesto adusto, tenía a las espaldas a otro autómata... Preferí alejarme e ir por uno de los montacargas puestos a la venta.

De vuelta en casa, la presencia de mi Sirviente me incomodó una vez más. Así que, con mucho esfuerzo, subí al bulto acerado a mi montacargas recién adquirido. Un mechón se me soltó del peinado. Conduje al autómata hasta el pequeño cuarto donde guardaba los cachivaches. La oscuridad de aquella habitación lo envolvió en su totalidad. Ahora se mantendría oculto, dentro de la profusa lobrete, ya con la hoja de madera de vuelta en su sitio.

Pensar en el prisionero, que habitaba dentro de los hierros, me causó aberración...

Recordé lo que dijo el hombre del servicio de enseres: "Ninguna muerte es aceptable..., y mucho menos lo que sobreviene después... Luego de un par de años uno termina por acostumbrarse... Tómelo como una *subvención*". Lo que más me inquietaba era eso de: "cobrarse factura...". Qué conveniente y necesario sería descargar toda la ira sobre quien logró arrebatarse la vida del ser querido... Me alejé aprisa, en mi intento de ignorar la puerta entornada que guarecía al autómata.

Debía espabilarme, volver a la realidad. En la televisión de "cuarta pared" se transmitía un noticiero: los expertos alegaban

lo deshumanizado que resultaba esa nueva ley, la que establecía el “enclaustramiento electrónico” como pena máxima para los criminales. A los condenados se les mantenía conscientes, aunque sin control sobre sus acciones, al completo servicio de quienes debían ser “resarcidos”: los deudos y las víctimas de sus agravios. Los reos eran inmovilizados, anudados con dispensadores automáticos y fusionados al metal, quedando atrapados dentro de las estructuras. Así los mantenían hasta cumplir su sentencia... Yo era una de las primeras en adquirir el servicio, al propio asesino de mi esposo, convertido ahora en androide, en Sirviente. Por mi experiencia en el cuerpo policial, tenía derecho a ser “beneficiaria preferencial”.

Contemplé la envoltura entre la penumbra, dentro del cuarto de cachivaches. Me dio por pensar en lo terrible que sería vivir como aquel dentro de los hierros, el hombre sentenciado. Desde afuera no se percibían los alaridos, lanzados contra su voluntad, enclaustrado, como un esclavo al servicio de quien se había atrevido a victimizar.

¿Y qué pasaría si se encerraba a un inocente? La justicia aún debía mantener algún dejo de iniquidad. No obstante, luego de recordar la infame tortura y muerte de Godofredo, volví a llenarme de cólera.

Sí, yo misma había preferido mantenerlo bajo la cubierta, oculto en el plástico. Pero ahora debía enfrentarlo, descubrirlo delante de mis ojos y vencer ese pavor entremezclado, la maraña de emociones que no me permitía hallar el sosiego, llevar en paz el duelo.

Estacioné al Sirviente junto a la televisión de “cuarta pared”, en la sala. Removí el plástico de a poco; corté las orillas hasta

terminar por descubrir su desproporcionada figura. Quedé perpleja: el Sirviente se reveló como una gran mole de acero con su forma humanoide, bruñida y esplendente. Seguramente alcanzaba el metro noventa, o quizá un poco más. Discurrí en que me observaba detrás de su aparente serenidad. Los ingenieros me habían mostrado cómo activarlo; lo vi entrar en funciones, encenderse tras reconocer mi voz. No pude más con la mezcla de sentimientos que me anegaban.

La lluvia arreciaba, y los relámpagos se percibían a través de la persiana que preferí dejar semi-abierta.

Acomodé al Sirviente en el pequeño montacargas. Lo dejé afuera de la casa, junto a la cochera, bajo el incesante aguacero.

Se mantenía estático; yo lo miraba desde el otro lado del cristal.

En el televisor de “cuarta pared”, de pronto, el noticiero dio un anuncio escalofriante: ¡una pequeña rebelión de Sirvientes!, algunos criminales enclaustrados habían logrado despojarse de los hierros y comenzaban a asolar el distrito... El horror me recorrió el cuerpo... Corrí a la ventana para observar a mi Sirviente: ahí se encontraba, inmóvil, recibiendo el aguacero... No dejaba de percibir algo siniestro en su figura. Sí, seguramente su maldad contaminaba toda la envoltura. Me dio por pensar que quizá él mismo dirigiría una futura rebelión, luego de lograr despojarse de la coraza.

Escuché ruidos en la parte alta, acaso la persiana de la recámara, seguidos por un golpeteo... Ya no quise regresar a comprobar si el autómatas aún se encontraba bajo la inclemencia. Recordé al ingeniero cuando mencionó lo probable que resulta que los aparatos nuevos se averíen.

Marco Doguez (Guerrero, México). Publicó el libro de cuentos "Diferentes técnicas para despertar a un cúmulo de seres sin que levante el vuelo una mosca (Praxis, CDMX, 2015). Publicó en la antología de cuento "El Desgraciado del Diablo" (Universidad Autónoma Chapingo, Estado de México, 2016). Publicó en la antología de cuento "Letras Surianas 2017", "Historias de Familia" (CEPE-TAXCO-UNAM, CDMX, 2019), entre otras.

— • —

CLAC

VALERIA G

Cinco silbidos lanzados al hilo. Vuelvo la cabeza para recibir mi merecida mentada. El ciclista alza el dedo de en medio y, desde el retrovisor, veo a dos señoras gritando asustadas.

—¡Bájale, pendejo, te voy a reportar! —dice el de la bici; su voz se apaga conforme le piso al acelerador.

Suelto una mano del volante y le pinto huevos por afuera de la ventana. Si me reporta, mejor. Ya estoy hasta la madre de este jale, de cualquier modo. Igual y es demasiado tarde: el teléfono de la compañía de seguros y mi placa han de verse chiquititos desde el cruce peatonal: el lugar en donde por poco atropello al *biciclista*. Para mi pinche mala suerte, no va alcanzar a anotar mi información.

No me justifico, aunque tal vez él también le metería galleta si todavía le faltaran una hora de peritaje más dos horas y media de regreso a su casa. Ni modos. Así es esto del primer año. ¿Choque en Cuernavaca? Mandan a Reyes, *quesque* por lo de su ciática no puede manejar tanto. ¿Desvielado en Yecapixtla? Mandan a Mendoza. También queda hasta la chingada pero de paso se echa sus taquitos de cecina de la buena. Ahora que si el desmadre fue

en un punto entre Ixcamilpa y Axochiapan: ahí va su güey. Hoy me tocó en Chiautla.

Freno y me estaciono frente al centro de salud. Por lo que veo me le adelanté al de la ambulancia. Así de prisa traigo. Azoto la puerta al bajar y dos morros se ríen al ver mi carro, antes blanco, ahora *beich* de tanta tierra. Les urge que entre al hospital. Van a marcar el clásico *lávame puerco* en la ventana de atrás, de seguro.

Ni me molesto en hojear mis papeles de camino a la entrada. Nomás de ver las fotos supe que había valido madres el camarada: su póliza no cubre el robo de las cuatro llantas.

Saco mi credencial, llamo a la puerta, y un enfermero abre enseguida.

—Buenas tardes —dice el vato. Luego continúa con lo de siempre: que el tipo anda estable, que perdió mucha sangre, que está medio alterado.

Saco mi celular y, casi sin querer, me pierdo en lo que dice.

—No entendemos por qué lo hizo. No nos ha dicho nada. ¿Y si mejor esperamos al de la ambulancia? —Dice eso y su voz se me hace casi imperceptible. Intento ponerle atención, solo que nunca se me ha dado eso de hacer dos cosas a la vez. Además, la Chaparra me mandó fotos.

—No se preocupe, yo nada más recojo el testimonio y me voy —le digo al joven, mientras le escribo a la Chaparra que está *bien ricarda*.

Guardo el celular, abro la puerta, doy un paso hacia adelante, y el de la cama pone cara de como si hubiera visto al mismito diablo. Ojos muy abiertos. Boca seca. Pálido hasta la chingada. Luego luego me fijo en sus manos: abrazan fuerte a la sábana.

—Ya viene la ambulancia, Manriquez. Ahorita lo trasladan al hospital que necesita —dice el enfermero. —El señor solo le va a hacer unas preguntitas.

El tal Manriquez no responde. Se le infla el pecho cada que jala aire.

—Buenas tardes, señor Manriquez. ¿Tiene su póliza a la mano?

Manriquez exhala, aliviado, y afloja un poco las manos. Está más nervioso de lo normal. A lo mejor creyó que yo era policía. Algo debe el cabrón.

—Bu... buenas tardes. —Aparte tartamudea. Espero que nomás de los nervios. A ver si no me entretiene mucho—. Es... está ahí, en la mesa.

Señala con el dedo. Le ahorró el viaje y confirmo lo que la operadora y mi jefa ya sabían: su coche tiene una póliza muy básica que no cubre robos. Entonces digo lo obvio:

—Señor Manriquez, lo siento mucho, pero su póliza no cubre el robo de sus llantas.

—Es que no... no fue un robo.

Siento el vibrador del celular en mi pierna. Otro regalito de la Chaparra. Me trago las ganas de ver qué me mando ahora. Veo de reojo al reloj en la pared de al lado, pero está descompuesto, parado a eso de las siete. Con el calorón de mediodía a todo lo que da, le hago la pregunta que me va a atorar aquí por un buen rato:

—A ver, cuénteme cómo estuvo.

—Fue saliendo de San Miguel. Iba hecho la madre, la verdad.

—Pendejo, digo en mi mente. Tan solo por el exceso de velocidad se anula lo de la poliza, en caso de que lo de sus llantas

fuera por un bache o algo así—. No se veía bien a los lados. Se levantaba mucha tierra. Pero lo vi. Lo vi. —Repíte eso último como jurando por su madrecita—. Lo vi. Y no se me despegaba.

Error confesado. Se pone todavía más nervioso. Sus manos vuelven a apretar la cobija. Se le remarcan las arrugas de la cara. Los ojos se le ponen llorosos. El sudor le escurre por la frente.

—Lo vi —repíte, casi en un puchero.

—¿Qué viste, Manriquez?

—Tenía forma de viejo. Parecía viejo. Estaba algo jorobado, pero no era tan viejo. Iba muy rápido. Estaba del lado de la ventana del copiloto. Al principio no le vi la cara. Nomás veía que su sombrero se movía de arriba abajo.

Manriquez inhala y exhala hondo, se le abultan los tendones del cuello. Me giro para ir por el enfermero. Pero me detiene su griterío:

—¡No! ¡No! ¡No abras! ¡Se va a oír! ¡Se va a oír! ¡Se va a oír!

—Cálmese, Manriquez. Está todo bien —digo con mi nula capacidad para calmar a pendejos como Manriquez.

—¡Se va a oír! ¡No abras!

—No. Yo todavía no me voy. Nadie se va a ir.

—¡No! ¡Se va a escuchar!

—¿Escuchar qué? —le pregunto, a nada de girar la perilla de la puerta.

Manriquez toca su paladar con la punta de la lengua. La baja en un movimiento rápido que truenas en un fuerte *clac*. El tipo suelta lágrimas desesperadas, como espantado por los sonidos de su propia boca. Repíte los tronidos. *Clac, clac, clac*. Su cara se descompone en más quejidos.

Mi celular vibra de nuevo. Pienso en la Chaparra tomándose fotos, en Reyes y su coche sin tierra, en Mendoza y sus tacos de cecina. Me dan ganas de cerrar ya el expediente, pasarle el reporte a la jefa y salirme a la chingada de Chiautla. Pero me gana la curiosidad.

—¿Qué es eso, Manriquez? ¿Qué es *clac*?

—*Clac, clac*. Así le hacía el bastón del viejo. Le pisé recio al acelerador. Pero sus piernas y su bastón se movían igual de rápido. Le frenaba a veces, y él también frenaba. No me creen, pero le juro que maneje como de aquí a Chilpancingo.

—No, Manriquez. A usted lo encontraron a diez minutos de Chiautla.

—¡No! Manejé un chingo. Manejé un chingo y el viejo no se iba. Me paré después de unas cuatro horas cuando se acabó la gas. Me paré y corrí por otro rato, pero el viejo no se iba. *Clac, clac*.

—¿Qué pasó con el señor cuando se te acabó la gas?

—Me bajé. Quise correr pero me empezó a seguir de nuevo.

El cuello del camisón se le ve oscuro de tanto sudor. Los ojos rojos y la saliva espesa alrededor de su boca me obligan a dejar de verlo por un rato. De repente siento que el *clac-clac* se escucha más alto, como si unas bocinas estuvieran conectadas al paladar de Manriquez. Me acerco al borde de la cama. Saco mi pluma y, por más pendeja que se escuche, anoto la historia en mi hoja.

—Entonces dejó el auto, ¿y ahí le robaron las llantas?

—No. El viejo me hizo regresar. Me dijo que le bajara. Me dijo que ya no avanzara nunca. *Clac, clac*.

—¿Y por eso le quitaste las llantas?

—Sí. Dijo que solo así se iba a ir. Pero no se iba. *Clac, clac*.

—¿Y luego?

—Me dijo que le bajara. Me dijo que ya no avanzara nunca.

Clac, clac.

—Sí, Manriquez. ¿Y luego qué pasó?

—Me dijo que le bajara —repite, y me agarra fuerte del brazo con la mano izquierda, su mano derecha levanta la sábana de un jalón—. ¡Me dijo que ya no avanzara nunca!

Sus torniquetes a la altura de las rodillas están bien ajustados, pero la cama ya está manchada de sangre. Aquí no hay hemostáticos para heridas tan grandes, entonces sí que le urge la ambulancia. En este jale se ven cosas peores. Aún así, algo en los ojos de Manríquez hace que se me revuelva el estómago. Siento que algo me oprime el pecho. Me cuesta admitirlo al principio, pero tengo miedo.

—¡Joven! ¡Hey! ¡Enfermero!

El grito se me ahoga. No sale. Necesito alzar más la voz. Y aunque me le quiero zafar a Manriquez, es como si su mano fuera de piedra. Pinche Manriquez.

—Suélteme, don. Suélteme, Manriquez. ¡Hey! ¡Enfermero!

Se azota la puerta. El enfermero entra, mas no se mueve. Se queda ahí parado. Me ve a mí. Luego mira a Manríquez. Y no hace nada.

—¿Qué pasó? —pregunta con sus calmas, como si no viera el charco de sangre, como si no le importaran los ojos hundidos de Manríquez, como si no supiera que, por alguna razón que ni yo mismo me lo explico, es un hecho que a todos nos va a cargar la chingada.

—Este... —Chingao, me he de ver bien pendejo aquí pegado a Manriquez, todo asustado, todo tieso—. Este... Ya perdió mucha sangre. ¿No sabes si ya casi llega la ambulancia?

—Ni idea. Le marqué hace cinco minutos, pero a veces se va la señal. ¿Qué pasó? ¿Por qué me hablaste?

“Pues porque este cabrón no me suelta”, quiero decirle. Pero se me ocurre algo mejor:

—Pues ya perdió mucha sangre. Algo tenemos que hacer.

—Ya usé el último TXA con él. No le puedo hacer nada más.

—Sí, pero ¿no lo ves? Está bien madreado el vato.

—Aquí no puedo atender amputados. Ya casi llega la ambulancia. Ahí le cierras cuando termines.

Y el enfermero se va.

—Ya, Manriquez, suéltame, güey.

—*Clac, clac*. —Y ahí está el ruido de nuevo—. *Clac, clac*. No se calla. Se sigue escuchando.

—Eres tú, Manriquez. Tú lo estás...

—¡No! Es el viejo. Es él. Él sabe que yo lo hice. ¡Yo lo hice!

Manriquez empieza a chillar como niño chiquito. Aprovecho que se achicopala y me suelto por fin de su mano.

—¡Él sabe que yo lo hice! —Repite mientras camino hacia la puerta—. ¡Él sabe! Por eso no me deja. ¡Él sabe!

Mi mano sostiene la agarradera de la puerta. Sé que me voy a arrepentir por preguntar, pero ya con eso voy a cerrar su expediente. Me volteó, y le digo:

—¿Por qué no te deja el viejo, Manriquez? ¿Qué sabe?

—Que fui yo. Yo fui el del atropellado en Axochiapan. ¡Fui yo!

Más lágrimas. Más gritos. Manriquez se tapa las orejas con sus manos. El enfermero regresa para ver por qué tanto escándalo.

—¿Y ahora qué? ¿Qué le pasa?

—Va a tener que hablar con los de la patrulla también. Tiene cosas que contarles —le contesto al muchacho. Doy un paso hacia afuera y me gana otra vez la curiosidad—. Oye, ¿cómo dices que se lastimó?

—Yo creo estaba drogado o algo. Lo encontraron tirado, con un serrucho al lado de él... Él mismo se las cortó.

—Ya acabé. Gracias.

Y vuelvo por donde vine, con los gritos de Manriquez molestándome hasta mi coche *beich*. El carro no tiene nada pintado. Los morros siguen ahí, riéndose entre ellos. Acelero para largarme por fin de Chiautla. El polvo se levanta por todos lados. El sol me quema el brazo izquierdo. El celular vibra con otro mensaje de la Chaparra. Me quedan dos horas y media para llegar con ella; pero se me vuelven cuatro porque le bajé a mi desmadre luego de que, casi sin querer, mi lengua tronara en mi paladar con un ruidoso *clac*.

Valeria G (Morelos, México). Licenciada en Matemáticas por la Universidad Autónoma de Guerrero. Aficionada a la literatura de terror y ciencia ficción. Amante del jazz y el ballet. Escribiendo mi primera novela "Versos populares para días soleados".

— • —

OBSEQUIOS, RECUERDOS Y CURIOSIDADES DEL COSMOS

KRSNA SÁNCHEZ

Una tienda de regalos se hallaba sobre un planeta errante en los márgenes de la Vía Láctea. Era un módulo de metal y vidrio; modesto, luminoso y acogedor, con pequeñas antenas girando en el techo, incansables. Ocupaba una plataforma a mitad de un páramo rocoso y pequeñas nubes de polvo flotaban a su alrededor, dibujando el tenue contorno del campo de fuerza que la resguardaba contra las lluvias de meteoritos y el vacío espacial. Los escaparates mostraban un repertorio de bagatelas llamativas, tan vasto como el telón de estrellas tendido por el universo. Centelleando encima de la puerta, un letrero fluorescente anunciaba: *Obsequios, recuerdos y curiosidades del cosmos.*

Adentro aguardaba el único encargado, Juan Dos Micrones. Este muchacho de semblante bonachón y uniforme impecable no lograba recordar la última vez que la astronave de un cliente había ido a dar allí. Pero no era razón suficiente para que su dedicación decayera. Al ritmo de una suave música ambiental, siempre con excelente humor, se entregaba a desempolvar los más exóticos animales de felpa, pulir los llaveros de cristal

pleyadiano o disponer de nuevas maneras las postales del núcleo galáctico, los cúmulos estelares y las supernovas. Mientras realizaba sus labores cotidianas, no podía evitar fantasear con las aventuras y los romances interplanetarios que jamás iba a vivir y, sin lograr evitarlo, de tanto en tanto se le escapa un largo suspiro.

Como recién salida desde la imaginación de Dos Micrones, una silenciosa astronave hizo aparición arriba del planeta, ensombreciendo las estrellas con su oscura silueta. A medida que descendía, los llameantes motores iluminaron de rojo los alrededores y él, observándola entusiasmado, deseaba adivinar los posibles clientes venidos a bordo. Quizá serían vacacionistas rigelinos, o a lo mejor visitantes arcturienses, o incluso turistas betelgeusianos en busca del camino a casa. No importaba... se pasó una mano por el pelo, enderezó el cuello del uniforme y preparó su mejor sonrisa para darles recibimiento. Sin embargo, torció la boca cuando el vehículo terminó de asentarse junto a la tienda de regalos, haciendo saltar las rocas, y pudo contemplar entonces las torretas armadas con cañones láser y torpedos de antimateria. Acababa de arribar un crucero intergaláctico de guerra.

En un costado del fuselaje, se abrió una compuerta a manera de rampa corrediza. Rodeada por la claridad proveniente del interior, emergió una figura amenazante, terrorífica, casi demoníaca. Bajó enfundado en una servoarmadura que conjugaba la apariencia de un samurái con la de un dragón. El torvo casco de placas retráctiles cubría por entero su rostro.

Viendo cómo aquel heraldo de la muerte cruzaba una tolvana para traspasar sin esfuerzo el campo de fuerza,

Dos Micrones sintió ganas de achicarse hasta desaparecer detrás de un mostrador. Reunió el escaso coraje dentro de sí mismo y apretó los puños para no agachar la vista cuando el samurái-dragón cruzó la entrada y tuvo que darle la bienvenida, nervioso.

—Es un gusto recibirlo... señor... caballero... Estoy seguro de que encontrará algo de su agrado —dijo, se preguntaba qué podría andar buscando ahí.

Sin prestarle la menor atención, el siniestro recién llegado se paseó por en medio de los exhibidores, agrietando el suelo con sus pesadas botas, lento, sigiloso, sombrío, indiferente a los globos de nieve, los monumentos a escala, los imanes para refrigerador y cada una de las baratijas que le rodeaban y se multiplicaban.

Dos Micrones rogaba en silencio para que tomara lo que fuera y desapareciera cuánto antes. Solo quería completar su rutina con tranquilidad. Pero temió que jamás iba a librarse de esa peligrosa presencia si perseveraba en su actitud displicente. Así que comenzó a realizarle recomendaciones.

—¿Le gustan los encendedores? Tengo varios modelos de plasma muy bonitos. ¿O tal vez una taza para el café? —Le ofrecía las diferentes cosas con timidez—. No, supongo que no bebe café. ¿Qué le parece un llavero para las llaves de su crucero intergaláctico? Tampoco, entiendo... ¿Y una camisa? ¿O una gorra? ¿Quizá un animalito de felpa? Mire, puede elegir entre todos estos.

Eso sí llamó la atención del lóbrego visitante y se aproximó a aquellos juguetes dispuestos en una pirámide que casi alcanzaba el techo.

—Bien, veo que le gustan —siguió diciendo Dos Micrones, aprovechando el interés—. Hay muchos animalitos distintos, ¿cuál prefiere llevarse? ¿un wub? ¿un shai? ¿un oso?

Una serie de servomotores se orquestaron para que un guantelete cogiera delicadamente el oso de peluche. Al mismo tiempo, el casco se abrió y se retrajo entre siseos mecánicos, revelando el rostro marcial de una mujer. Tenía el cabello corto, los labios muy finos y una cicatriz en forma de equis entre las cejas.

El sorprendido Dos Micrones quedó cautivado por la belleza y la bravura que irradiaba, sin embargo, notó una sombra melancólica que parecía eclipsarlas. No entendía si el motivo de su pena era aquel juguete que, por lo que a él concernía, no se diferenciaba de otros tantos que hubo en la tienda, con la panza rechoncha, el pelaje aterciopelado, las patitas cortas y un gran moño azul.

La mujer se dejó caer en el piso pesadamente, sentándose con las piernas cruzadas, y permaneció silenciosa, inmóvil, abstraída por completo. Sujetaba el oso de peluche frente a ella, escudriñando sus ojos de botón con los suyos cristalinos, como si buscara comprender un secreto indescifrable. Por encima de las hombreras llenas de pinchos, se asomaba receloso Dos Micrones, con la intención de averiguar lo que sucedía.

La música ambiental continuaba escuchándose, melodías de pop, jazz, bossa nova, chill out...

—Hace poco destruí un mundo en la galaxia de Andrómeda —dijo de pronto la mujer con una voz apagada—. En medio de los restos que flotaban por el espacio, vi un osito igual a este.

Su confesión transmitía una tristeza insondable. Para Dos Micrones fue igual que encontrarse parado al borde de un agujero negro. No tuvo palabras para responderle. Luego de considerar distintas opciones por unos instantes, solo atinó a sentarse también en el piso y acompañarla sin decir nada. Él creyó que hacía el ridículo al principio, siendo tan insignificante junto a la mujer. No obstante, poco a poco, percibió que se entablaba entre ambos una intimidad sosegada y placentera. No se interesó más en seguir la rutina conforme pasaban los minutos y las horas; hubiera podido permanecer por el resto de la eternidad al lado de ella.

Para su desgracia, la calma fue interrumpida por la llegada de un par de cruceros semejantes al primero, que se cernieron unos momentos sobre la tienda de regalos.

—¿Son amigos tuyos? —preguntó angustiado Dos Micrones.

A manera de respuesta, un cañonazo láser partió por la mitad la astronave de la mujer. Ella no reaccionó. Dos Micrones tuvo la impresión de que había estado esperando que aquello ocurriera, resignada.

Cerca de los despojos humeantes, se posaron los cruceros y bajaron de su interior tres hombres con las mismas servoarmaduras de samurái-dragón. La severidad de sus rostros al descubierto podía infundir miedo en el corazón de los más valientes del universo.

Las piernas de Dos Micrones temblaron y transmitieron la agitación al resto del cuerpo, incontrolablemente.

—Relájate, no voy a permitir que le hagan daño a este sitio —fueron las únicas palabras que la mujer le dirigió.

Se levantó, dejó tirado el oso de peluche, abandonó la tienda de regalos y fue a encarar al trío.

—Me entrego a ustedes sin oponer resistencia —anunció inmutable.

Dos de los hombres la tomaron por los brazos y se encaminaron con ella hacía una astronave.

—¡No! ¡No! ¡Suéltenla! —gritó Dos Micrones y salió dando traspiés, impulsado por una valentía que nunca antes experimentó—. ¿Qué quieren hacerle?

El tercer sujeto, que aparentaba liderar a los otros, lo miró con desprecio y después respondió:

—Es una desertora. Está condenada a muerte.

—¡De ninguna manera! ¡Si quieren lastimarla, antes me tendrán que...! —Un bofetón interrumpió las protestas del muchacho.

Enviado a probar el polvo, casi inconsciente, se levantó a continuación sin saber cómo ni con qué fuerzas.

—Entiendo —dijo con la boca ensangrentada —, no puedo hacer nada para evitar que se la lleven. Pero esperen un instante, por favor. ¡Se los ruego!

Entró a la tienda de obsequios sin esperar a recibir otro golpe. Regresó trayendo el oso de peluche y corrió a entregárselo a la mujer antes de que la metieran en uno de los cruceros.

Las turbinas comenzaron a lanzar fuego mientras Dos Micrones se limpiaba con una manga las lágrimas de impotencia que se le escapaban.

A solas de nuevo en el planeta errante, se dio media vuelta y leyó con los ojos aún llorosos: *Obsequios, recuerdos y curiosidades del cosmos*. El letrero necesitaba limpieza.

Krsna Sánchez es un escritor de ciencia ficción, fantasía y terror. Con el cuento *Sor Irinea y la nahuálida Zarpa Brava* ganó el XXXIX concurso nacional de fantasía y de ciencia ficción. También ha obtenido otros premios como *bazar de horrores* de Fóbica Fest 2020 y *las 4 esquinas del universo*. Ha publicado los libros *Inventamos enemigos más útiles*, *Humanos Forasteros*, *Cómo jugar póker contra telépatas* y próximamente *Espejismos a prueba de rayaduras*. Ha sido becario FONCA y PECDA.

— • —

LA COSECHA

ANÍBAL HERNÁNDEZ

Los trozos estaban embadurnados en la baranda del mirador principal, el favorito de los transeúntes para contemplar las dunas más allá del domo. Me arrodillé frente al grumo mayor. Identifiqué algunos bulbos y yemas florales entre la masa. Guardé unos cuantos en mi maletín, debidamente sellados, junto a las semillas que encontré y cuyo tipo no podía identificar a simple vista.

Me era evidente que habían refinado el proceso.

Con cada nuevo ataque se acercaban a la perfección.

—Doctora, esperamos por usted... —me interrumpió la voz a mis espaldas.

—Más matas, inspector —contesté—. Mismo método, mismo resultado: irrupción de material biológico vegetal desde la cavidad estomacal hacia el exterior...

El inspector asentía mecánicamente, en silencio, mientras frotaba sus grandes bigotes grises. Examinaba con detenimiento los trozos humanos esparcidos por el mirador, mezclados con el amasijo vegetal, y entretejidos con los tirones de intestino. Las raíces atrofiadas salían de sus cavidades sobrevivientes a través

de sus desgarrados esfínteres, que ahora eran recogidos con pequeñas palas por los forenses.

Le pregunté al inspector cuál espécimen veía el occiso en la pantalla. Una *switenia mahogoni*, contestó. El señor Ulloa, la víctima, aparentemente cada tarde, después de salir de su oficina en Techdome, se sentaba a almorzar observando la verdevisión, solicitándole al sistema operativo siempre la misma mata: una caoba centenaria, ya extintas desde medio siglo atrás.

A pesar de que yo no tenía la autoridad para acceder a tal información, el inspector me enseñó el holomensaje encontrado tras la cabina. Puso frente a mis ojos un pequeño disco negro (todavía con pegotes rojinegros del señor Ulloa en él) y, al accionar el mecanismo, emanó una mulata veinteañera, de gran afro y de grandes ojos negros.

Era María.

Aunque decidí no confiarle aquello al inspector, María condenaba a la élite del Exprimidor, mote con que los locales llamábamos a nuestra Ciudad Domo, la «ciudad sin matas»; por igual, arremetía contra los miembros del Consejo Industrial y su rol en la enajenación de lo verde criollo, el desgaste medioambiental de los últimos cien años, las multinacionales. Toda la alharaca que tantas veces hemos escuchado. Toda la alharaca que tantas veces he escuchado.

Una vez más, los Vasallos Verdes, como se identificaban los atacantes, se comprometían a la defensa de la vida no humana, por medio de la eliminación de los mecanismos de carne y metano: nosotros.

—No pararemos hasta que las máquinas rojas sean reducidas a un tercio de su población actual y volvamos a ser abnegados súbditos del imperio natural —finalizaba el teatral mensaje.

Pero... ¿por qué me mostraba esto?... ¿es que ya era una sospechosa?, ¿acaso allanaban mi laboratorio mientras era entretenida por el inspector?

No fue el caso.

Solo me pidió que mandara mi informe en el menor tiempo posible. Ya el Consejo Industrial había presionado a su oficina por resultados. Le aseguré que a primera hora de la mañana siguiente le llegaría. Pero, antes de irme, me informó sobre la circular recién emitida por el Gobierno de la ciudad, el cual era regido por el Consejo. Esta, después de varios «considerando», decretaba el embargo al consumo de materia vegetal en cualquiera de sus variantes.

Ahora solo lo rojo era legal.

Ejecuté un barrido completo en mi pequeño cubículo residencial. Me cercioré de que no hubiese ningún dispositivo indeseado que espíara nuestras conversaciones en caso de que ella se apersonara. Pero, igual a nuestras citas anteriores, me quedé esperándola...

La última vez que la vi, parada a mi lado, pasaba su mano por mi cabello para despertarme. Se disculpó por su tardanza mientras me brindaba su gran sonrisa de dientes nácar, anchos

y relucientes. Luego se sentó en el diván y depositó mi cabeza en su regazo.

Me habló de sus Vasallos, de las próximas acciones, de cómo el apoyo de los verdes, la facción del Consejo que los asistía secretamente, mermaba, pero que la lucha seguiría. De cómo me necesitaba... a mí y a mi invaluable información. Aun así nunca me permitía involucrarme con el resto de la célula, siempre argumentando que era por mi propia seguridad.

Yo, en vez, quise que me hablara de nosotras. De la casa que tendríamos cuando saliéramos del Exprimidor. Del pequeño jardín en que sembraríamos gardenias. Me dijo que pronto, que ya la victoria estaba cerca. Como en otras tantas veces, se despidió dándome un etéreo beso en la frente. Luego, se transparentó hasta desaparecer, dejándome a merced del próximo holomensaje.

Su recuerdo fue interrumpido por el identificador de la puerta.

Me dirigí al escritorio de caoba centenaria de mi padre. Saqué su antiguo descargador. Lo escondí debajo de mi guayabera y tomé un sorbo de ginebra. Al abrir, encontré a un joven escudado por unas gafas oscuras, acompañado de dos personas más. El tercero: otro seguridad anónimo de los muchos que hay bajo el Domo. Mas al segundo lo reconocí. Era la estrella ascendente dentro del Consejo Industrial, el líder de la bancada vegana. Mientras los verdes perdían fuerza por ser sospechosos de financiar los ataques, los veganos escalaban como la opción no beligerante.

Además, como yo, era colaborador de los Vasallos.

El señor Yu, finalmente vestido, espigado y de sonrisa amplia, ingresó y se sirvió de mi minibar (solo para él, los otros dos se quedaron parados como parte del mobiliario). Luego me pidió que me sentara a su lado.

Después de un largo trago, me explicó su visita. La «reforestación» del señor Ulloa, sumada a las anteriores, provocaban finalmente una reacción del Consejo: la prohibición de lo verde. Pero a los veganos les preocupaba la desaparición de María y su unidad. Leoncio, su contacto, había faltado a la última programada. Y al no conocer a nadie más de los Vasallos, entendió que me debía una visita.

Respondí que era lo racional, en estos momentos, mantener un perfil bajo. Además, la desestabilización del Consejo siempre había sido el objetivo primordial. Comoquiera, contestó, no habían previsto la prohibición vegetal que afectaba directamente a su base electoral. Todo se salía de lo acordado con María, agregó. La eliminación de los grandes industriales de la carne. La desaparición de las cabezas responsables de la ecodepredación, los cárnicos. La bancada dominante dentro del Consejo...

—Debemos encontrarlos antes que ellos... y por lo que sabemos, eres la más cercana a María. «Ayúdame a ayudarla» —me dijo el vegano repitiendo su eslogan de campaña—. Cuando los ataques finalicen, podremos levantar la prohibición. La extraeremos a ella y a aquellos bajo su mando... y si así lo desea, a usted también, doctora.

Pero la publicitaria sonrisa del Sr. Yu ocultaba que esas cabezas rojas eran, en realidad, sus competidores directos dentro del Consejo. Con ese «problema» solucionado, su dominio

dentro de la bancada vegana y posiblemente dentro del Consejo, estaría asegurado. Entonces le confié que solo me comunicaba con ella por holomensajes (algo que ellos ciertamente sabían). Mas le prometí que le comunicaría su preocupación la próxima vez que María me contactara. Mi respuesta no fue de su agrado, por lo que me mostró su seca sonrisa una vez más antes de despedirse.

Él debía entender ahora que su misión no era la mía.

Un nuevo ataque reportado. Un comerciante de los niveles medios estalló durante la conversación con un cliente en un almuerzo de negocios. Hojas, ramas, raíces y frutos fueron esparcidos entre los comensales. Y una vez más María y los suyos me sorprendían. Encontré varias larvas de abejas entre la biomasa generada. Lógico. Debían desarrollar un método natural de polinización si buscaban la autonomía del proceso.

Aunque inmersa en la investigación, no me olvidaba de la advertencia del vegano. Había logrado agenciarme un peculiar reporte policial que provenía de los niveles más bajos de la ciudad. No debería haber llegado a mi laboratorio en la Dirección Orgánica, pero el inspector había movido sus conexiones a mi pedido.

La holoproyección en el informe me mostró dos acribillados. El matador, ultimado por los uniformados, claramente evidenciaba sus sendos implantes subcraneales. Era raro bajo el Domo ese tipo de tecnología. Las conexiones con el exterior

eran escasas e inestables desde hacía unos años en que la Red, el sistema operativo citadino, se había vuelto vulnerable a los *jaqueos*. Situación que nunca ha sido resuelta. Así que pocos bajo el Domo se cargaban a esta por precaución. Pero, acorde con los escasos testigos en la ciberbarra *La Milagrosa*, el criminal, justo después de conectarse al servidor, ultimó a los occisos sin mediar palabras. La conclusión oficial apuntaba a algún virus que lo habría enajenado.

Aunque, dándole un acercamiento a la imagen, encontré lo que buscaba. Leoncio estaba entre los curiosos en la escena (lo había conocido al proporcionarle acceso al banco de semillas de la oficina por orden de María). Ahora, era testigo en el único homicidio reportado no relacionado a la «reforestación». Entendí que los occisos debieron ser de su unidad. Y, si estaba en lo correcto, María podría ser el próximo objetivo.

Me coloqué el casco neuronal. Lo había conseguido en un *parteatrás* de los niveles inferiores del Domo. Mientras más bajo uno iba, más se diluía la autoridad del Consejo y reinaban las relaciones primarias. El bregador que contacté aseguró que me permitiría ser cargada sin necesidad de implantes ni registro. Además de que estaría protegida de cualquier infección indeseada. No confiaba del todo en esta última parte, pero tenía que arriesgarme. Tenía que encontrarla.

Me materialicé en la Red frente a *La Milagrosa*. La barra igual brindaba servicios en lo análogo, como en lo virtual. Su

ambientación era una caricatura del hacinamiento de los niveles inferiores: mala iluminación, sustancias para la excitación sináptica, música estridente...

Encontré a los dos avatares en una de las oscuras esquinas. Me senté junto a ellos con una nueva ronda de frías en mano. Me sonrieron de vuelta. Ya en ese estado, siendo solo cúmulos de datos y comandos reminiscentes de sus usuarios ya idos, no tenían otra existencia. Pregunté si estaban conscientes de la muerte de sus análogos. Lo estaban. Así que pasé a lo que me interesaba. Ellos negaron conocer a María, ni como humana, holográfica o avatar en la Red. Por igual, me aseguraron no ser parte de ningún comando verde ni nada semejante. Afirmaron que recientemente llegaron al Exprimidor. Fueron cultivadores rojos, bioingenieros especializados en la generación artificial de proteína animal para consumo humano (el insumo más demandado por los mineros, la mayoría residente bajo el Domo). Los habían contratado a través de una subsidiaria en quiebra perteneciente a un anónimo miembro menor del Consejo. Pensé en el señor Yu, quizá jugaba a ambos bandos.

—¿Y a este? —pregunté, enseñándoles un holoportátil con el rostro de Leoncio.

El doctor Menéndez, contestaron; para él trabajaban. Era quien les daba las indicaciones del material a cultivar. Aunque esta información, por contrato, no se les permitía que la cargaran a sus avatares. Desconocían totalmente qué habían cultivado en lo análogo.

Satisfecha, me despedí de ellos prometiéndoles visitarlos de nuevo, lo cual todos sabíamos que nunca haría.

Cité al inspector.

Las reforestaciones habían cesado en los últimos días, pero otros ataques con armas de fuego fueron perpetrados. El registro de este tipo de armas había cesado; su uso fue abandonado décadas atrás. Lo que las convertía en la mejor forma de ocultar a los asesinos. Estos, que se esfumaban sin dejar huella, las dejaban al lado de los occisos sin temor a ser identificados. Las víctimas deberían ser otros miembros de los Vasallos, me dije, o al menos sospechosos de serlos. Debido a que la prohibición había creado un alza en las ventas rojas, consolidando a los cárnicos en el Consejo, estos habrían empezado la campaña de eliminación advertida el vegano. Así que necesitaría de todo el apoyo posible, aunque me delatara frente al inspector.

El inspector, otra de las herencias de mi padre (uno de sus fieles amigos hasta su muerte), me proporcionó los datos solicitados. Tenía ante mí una lista de las diferentes propiedades de la subsidiaria que le había indicado. Era sorprendentemente larga para ser una empresa lateral y en quiebra por los últimos dos años. Se destacaba una en particular: Techdome, la pequeña importadora de equipo de bioingeniería. Era claro que la reforestación del Sr. Ulloa no había sido al azar.

Le señalé a mi inspector el hallazgo.

—Estoy de servicio —replicó.

—Recuerda de servicio para quién —le contesté con la mirada fija en él.

Tomó unos minutos, de espaldas a mí, para hacer una llamada. Imaginé que a su esposa, con quien debió excusarse con una débil mentira, como en otras ocasiones, para después dirigirnos al lugar.

Al llegar, notamos el abandono del edificio: algunos cristales rotos y basura acumulada en la fachada. Disparé a la cerradura con mi descargador. Caminamos por un largo pasillo hacia la sala central de la nave industrial. Esta funcionaba como almacén. Toda maquinaria, si la hubo en algún momento, había sido retirada. Ahora solo pilas de cajas atiborraban los laterales. En ellas, algunas piezas oxidadas sobresalían de los empaques. Su contenido: antiguos revólveres y escopetas.

—Doctora, por aquí.

El inspector señalaba una habitación cerrada en la que confluían varios cables de energía. Forcé la entrada una vez más.

Avancé por el pasillo hasta encontrarla, aunque esta no era mi María.

Aquella frente a mí, delgada, casi atrofiada, flotaba en un alto tanque de cristal lleno de un líquido ámbar. Varios tubos la conectaban por la boca, el ano y la entrepierna. Permanecía inmersa, inconsciente de mi llegada. Entonces me percaté de que el inspector no había ingresado conmigo. Mejor así. Tendría a María por más tiempo. Aunque en realidad no estábamos solas. Leoncio, o el doctor Menéndez, nos observaba desde una esquina. Sentado con una tableta de anotaciones en las manos, vestido de blanco y con un orificio de bala en su sien izquierda.

Comprobé su temperatura.

Asumí que la muerte sería de solo unas dos horas. Los esbirros rojos debieron llegar primero. Aunque extrañamente esta María

seguía intacta. En la consola frente al doctor se mostraba el proceso que habían interrumpido, necesario para mantenerla con vida. Tecleé los comandos faltantes. Luces y sirenas avisaron la fase final. El líquido opaco brotó del cilindro vertiéndose en el suelo, escapando por las rejillas del desagüe. Los tubos, antes conectados a los orificios de la muchacha, se retrajeron a la parte superior del tanque. El cristal se levantó dejándome asirla. Tosía, luego vomitó el líquido amniótico. Respiraba aire por primera vez desde que empezó a ser cultivada. Sentí los implantes en su nuca. Entendí que esta María estaba hueca. Solo era un cuerpo para ser vestido. La apoyé en mí, la arrastré fuera del lugar. No sabía qué tan cerca podrían estar.

—Estaba seguro que la encontraría, doctora —me dijo el señor Yu, acompañado por su inspector, algunos uniformados, además del par de anónimos guardaespaldas veganos.

—Muévanse. Voy a sacarla —grité, sospechando de sus intenciones, y blandí mi arma.

—Tiene toda la razón, doctora —contestó el vegano, intentando calmarme—, debemos irnos. Los técnicos se encargaran de todo. Debemos dejarlos trabajar antes de que nos descubra.

Quizás era otra treta más, de las muchas que conocen los que reptan en el Consejo, pero una voz lo aclararía todo.

—Ya estoy aquí, Sr. Yu. Siempre estoy aquí.

Era María. Mi María.

Sin color en el rostro, el vegano observó al techo. Sus acompañantes sacaron sus armas. El inspector me dedicó un gesto decepcionado. Luego María se materializó entre nosotros.

—¿Dónde estás? —le increpé.

No me contestó. Ni siquiera volteó a verme

—Doctora. Por favor... —me dijo el inspector.

—Está aquí —espetó el vegano con voz quebrada—. María solo es eso, una imagen, un fantasma. Un virus dentro del Domo que no hemos logrado purgar...

El inspector intervino:

—Se implantó desde el exterior con la autodesignada misión del rescate del Exprimidor... no existen los Vasallos, doctora. Ni la resistencia. Nunca la hubo.

María había sido, en algún momento, una inteligencia artificial programada para asistir alguna unidad de resistencia verde ya olvidada. Transcendiendo a sus creadores, siempre moviéndose por la Red, hasta conseguir un nuevo objetivo. El de hoy, la «ciudad sin matas». Había jaqueado la subsidiaria para reclutar a los bioingenieros y, con la fábula de la eco-resistencia, también a algunos los locales como Leoncio, Ulloa... y a mí.

María sonreía.

—Nunca aprenden, ¿verdad? La perpetua arrogancia humana —dijo—. El Domo será la lección que tanto necesitan...

—*Un cuerpo para ser vestido* —me repetí en voz baja.

María finalmente me prestó atención.

—No tengo que ser de carne para ser real. Sabes que lo soy. ¿No es así?... —dijo, después de materializarse frente a mí. Ante mi duda, agregó señalando a la otra María—: ¿Sabes por qué después de todo cultivé a una roja?

—¿Por qué? —me atreví a preguntar.

Tomó mi rostro entre sus manos. Posó sus labios sobre los míos. Con cada beso, me contaba cómo había cultivado a María para que pudiéramos vivir juntas en lo análogo. Cuando Leoncio descubrió sus intenciones, se deshizo de él, como de los otros, cubriendo sus huellas, y protegiéndome.

Comprendí que su batalla había concluido, aunque sin saber si había vencido o no.

Hurgando en la Red del Domo, María había encontrado la verdad del Consejo. No hubo tal competencia. Tal alternabilidad. Todos los sectores: verdes, rojos, veganos, solares, mineros, financieros; pertenecían a un solo complejo industrial que lo controlaba todo. Que se aprovechaba de los mismos conflictos que promovían, como el que habían encargado inicialmente a María a través de los veganos. Ni siquiera el señor Yu lo sabía. Si hubiese trepado unos peldaños más en el escalafón corporativo, hubiese sido instruido. Fue usado como carnada para eliminar al virus bajo el Domo. Ahora solo tosía. Una tos fuerte. Áspera. Una de las que duelen en los oídos. Una idéntica a la del inspector.

Yu fue el primero.

Las paredes de su estómago colapsaron, hundiéndoseles en un instante, para luego emerger un tallo espinoso entre la biomasa verdiparda que se expandía desde la cavidad. Las ramas ascendieron hacia los rayos solares que entraban por los tragaluces. Las raíces reptaron a nuestros pies, escabulléndose entre las rejillas, buscando tierra para poder asirse. De lo verde brotaban nuevos colores. Florecían los capullos, que después se convertían en jugosos frutos. Las abejas batían sus húmedas alas para secarlas; en poco tiempo pululaban entre las hojas con

olor a lluvia, jugueteando entre el brillante polen que flotaba a nuestro alrededor...

Ya no había señor Yu, ni el inspector o los uniformados, tampoco dos tercios de los habitantes del Domo. Reinaba la flora, tal había sido prometido. Al infectarlas a través de lo rojo, durante la prohibición de lo verde, las máquinas de carne y metano fueron finalmente subordinadas. Asegurándose María que, entre los indultados, no quedase nadie del Consejo que pudiera ensuciar nuestro pequeño jardín bajo el Domo, la ciudad de las matas.

Aníbal Hernández Medina (Budapest, 1978). Escritor y guionista dominicano. Graduado en publicidad por la Universidad Autónoma de Santo Domingo, con maestría en guion por la Universidad de Sevilla. Sus cuentos, artículos y microrrelatos han sido publicados en diferentes revistas, medios y antologías tanto dominicanas como internacionales. Algunos de estos, han recibido premios como en los concursos René del Risco Bermúdez (2020) o los de Casa de Teatro (2019 y 2021). Por igual, es el editor de *Prietopunk. Antología de afrofuturismo caribeño*, selección de 18 textos afrofuturistas provenientes de Cuba, Puerto Rico y República Dominicana.

— • —

COCODRILO LUNAR

JOSÉ C. SÁNCHEZ

—¿Por favor, me podría decir cuándo es su ejecución?

—Ya en unos meses. Así es esto. Dicen que los de las colonias mutantes nacemos para morir en la Tierra. ¡Chale!

—¿Siempre fue usted una mutación?

—Nací cocodrilo. Bueno... humanoide cocodrilo ¿Comprendes Méndez? Mis brazos son biomecánicos; los encontré en esos asteroides improvisados como basureros. Los reparé. Ya sabes: “hazlo tú mismo o muérete”. Igual mejoré mis ojos con algunos desechos robóticos y, como notarás, tuve que usar un chip anticuado de lenguaje terrestre. Puras mamadas encuentras en la basura, pero son bien pinches útiles.

—¿Por qué vino a la Tierra?

—Pues por una vieja. Siempre es la misma historia: un cocodrilo se enamora de una humana que le roba el corazón y se lo lleva la chingada.

—¿Usted mató a esos niños?

—Nel, pero nadie me cree. Dicen que en ese planeta solo el pobre y el pendejo van a la cárcel. Y yo soy mierda de las colonias espaciales.

—Entonces cuénteme su historia. —La documentalista se sentó a su lado, presionó varios botones en su consola de mando e hizo volar los drones esféricos, que a su vez encendieron cámaras para grabarlo todo.

—Fue un día de recoger chatarra y ropa. En los *astrobasureros* encuentras muchas cosas *chidas*, así para traer el *outfit* locochón, puro *sideralpunk* decadente. En ese lugar conocí a una terrestre biomecánica, con piernas mejoradas por la *tecnobasura*. Al principio no platicó mucho conmigo. Se acercó a mi bandita. Nos llamábamos *los basuras* en esa época.

>> Ella platicó con mi compa el *Desecho*, no le latió nuestro desmadre. Decíamos: no hay futuro... Qué pinche futuro vamos a tener los de las colonias. Muchos terminamos como comida o cualquier otra porquería que hagan con nuestro cuerpo los terrestres. A ella la llamaban la Meztli, dizque mezclaba cosas de culturas antiguas, pura pendejada. Pero empezó a hablar de la anarquía, el hazlo tú mismo; que teníamos que unir fuerzas como colectivo y no solo drogarnos con el viejo *fentasoma* que mandaban a las colonias, la vida no era solo alcohol sintético y pastillas de colores. La vida era ahora. Muchos la tiraron de a loca, pero yo, yo me clavé en sus piernas *biomecánicas* al estilo de una rana, en su cuerpo inflado como globo. Era hermosa, pero lo más hermoso de ella eran sus ideas no tan decadentes. Igual le latía el desmadre del *slam* y la música, le latían Los *pig sexbot*, pinche banda chingona.

>> Pasamos ratos chidos, me decía que un *sideralpunk* debe leer, no solo leer las *audio-gacetas* del gobierno espacial para tirarles mierda, también debe leer esas cosas viejas llamadas libros. Me mostró: *El Conde de Montecristo*, *La metamorfosis*,

En el camino, Queer, un montón de libros más viejos que el tiempo. También leímos *La fundación*, *los Juegos de Ender*, *El problema de los 3 cuerpos*, *Los días del venado* y así. Me parecían más libros históricos que novelas de ficción. Recuerdo otros: *Cómo jugar póker contra télépatas*, *Mundos en Colisión*, *Volver a la piel*, pinches nombres medio mamones, pero bien locochones. No sabía por qué estaba leyendo, pero había dejado de drogarme como antes.

>>Entonces ella me dijo una noche, me insistió que había que hacer la revolución en la Tierra. Yo decía que para qué. Pinches revoluciones, si no las ganas terminas aquí en esta puta cárcel lunar y si la ganas, pues ¿qué sigue? Solo queda ser la misma mierda que derribaste. Yo, puro no hay futuro. A mí me dicen el *Chale*, porque soy re-nihilista. Nada importa, yo no importo, tú no importas, pura mierda. Así que la seguí a ese maldito agujero de porquería llamado Tierra.

>> Ya no es como te lo pintan en los *holocómic*s de historia. Ya está regacho. He visto asteroides que se dedican al reciclado con olores menos tóxicos. Yo, por mi piel de cocodrilo, resisto bien algunas toxinas, pero ella por su parte humana tenía que usar esos trajes ambientales que estuvieron tanto de moda. Según ella sí eran cómodos. Todo eso lo financiábamos de la recolección. Ya sabe: siempre vivimos de la nada. Ahí con la basura la hacíamos en grande.

>> Juntamos a la nueva bandita: *Los podridos*. Ahí se mezclaban humanos y mutaciones. Todos eran aceptados mientras aguantaran vara. Les poníamos unas buenas golpizas de bienvenida, a algunos los hacíamos respirar el aire tóxico por un par de segundos. Ninguno se murió, pero sí tuvimos

a algunos desmayados. A esos les volábamos lo de valor, los *basculeabamos* pues. Y si querían podían volver a intentar. Otros se largaban mentando madres. ¡Pinches babosos!

>> Meztli era una buena constructora, y juntó a varios talentosos que a partir de los desechos crearon los primeros *basuramóviles*. Eran autos contruidos con desechos. Bueno... ya sabe: “armas para la revolución”. Nos iba bien saqueando fábricas y golpeando a esos tipos que se la vivían en edificios hablando por *neurochat* para venderte algo. Me parecían más prisioneros que yo. ¡Como despreciaba a esos malditos trajeados! Ahora me dan lástima, pobres pendejos.

—Disculpe que interrumpa, va muy bien, pero ¿Desde un principio reclutaban niños? —dijo la entrevistadora; mientras, con los botones de su consola, acomodaba el equipo de iluminación inalámbrico y las cámaras de los drones.

—No es que reclutáramos a nadie, *Los podridos* empezamos a ganar fama y otras bandas de la Tierra trataron de rompernos la madre, pero éramos buenos para el trompo, las piñas, los golpes. Un par de muertitos enterrados en la mierda y se espantaban esos culos.

>> Así que la Tierra es como todo. Están esos pavorreales que lo tienen todo: casa, comida y hasta gente que les hace los quehaceres y estamos las ratas, los podridos, los que nunca tenemos nada y sabemos que no tendremos nada. Así hay niños en todos lados, hasta en ese planeta mierdero que se dice solo es para ricos. Sus cloacas también están llenas de porquería. Así llegó el Tlacuachin. Su madre desde bebé le daba ese pinche *fentasoma*. Ahí en la tierra hay de todos los colores. La madre vendió varios de los órganos no vitales del Tlacuachín y así lo

dejó. El morrito llegó arrastrándose con nosotros cuando su madre vendió sus piernas a una pareja de ricos. Entonces la Meztli le agarró cariño, fue su proyecto personal. Por suerte la biogenética humana está en los chips neuronales de los mutantes, por eso ayudé a diseñar órganos y piernas a partir de los desperdicios terrestres, pero había que repararlos seguido.

>> Después de eso fue que varios mocosos, con el cuerpo hecho mierda, llegaron con nosotros. Muchos ya no podían dejar el *fentasoma*, ya todos sabemos que a largo plazo toda sustancia produce efectos secundarios. Terminaban como bolas de músculos sin cerebro. Ni modo. A los que llegaban a los 13 y estaban así los teníamos que poner como carne de cañón. Así empezó el rumor de que éramos una secta y usábamos niños, pero solo éramos *podridos* haciendo lo que sabíamos hacer: valer madre.

—Vivir rápido, morir joven y dejar un cadáver bello, supongo que eso encaja en su ideología. Aun así, es una vida triste ¿No lo cree?

—Me gusta esa pinche frase, pero más que nada vivimos como podemos, Morimos jóvenes porque ya sabíamos que no íbamos a tener ninguna oportunidad en este universo de mierda y nosotros no dejamos cadáveres bellos. Nacimos escoria, morimos escoria. Así es esto. No hay belleza en nada de lo que hacemos, solo sobrevivimos y eso, eso es todo, vivir el presente hasta valer mierda. —El cocodrilo se quedó callado un instante y continuó—: Pero bueno, usted ya sabe lo que pasó. Con *basuramóviles* lanzamos un ataque a un edificio de gobierno y sí, los niños descerebrados fueron a los primeros a los que mandamos; no sabíamos que su primer contraataque iba a

ser desde lo alto con un satélite, con ese viejo equipo llamado: *Dragón fire plus*, un ataque a la velocidad de la luz, con un arma de energía nuclear dirigida. ¿Qué iban a poder hacer unos niños drogados contra eso? Según yo vi el rayo, pero era demasiado tarde, marqué la retirada, Meztli...

—¿Está bien, quiere parar? —El humanoide cocodrilo con piezas ciborg, suspiró, soltó lo que parecía una lágrima color rojo de sus ojos robotizados.

—Sí, estoy bien... Meztli ya era solo un puñado de cenizas. Luego un *Robopuerco* me atrapó en el pánico de la huida y aquí estoy.

—Está diciendo que usted culpa al gobierno terrestre y no a sus acciones como comandante de una peligrosa pandilla.

—A huevo que no. Estoy diciendo que nadie tiene la culpa. Nacimos podridos y nos morimos podridos, pero al pendejo gobierno le gusta buscar culpables, hacer un pinche espectáculo y atraer a los que comen carroña o son pinches morbosos. Hacen *shows* y documentales. Solo somos un pinche entretenimiento para aquellos que están en su chante. —El cocodrilo golpeó la mesa antes de seguir—. Los niños iban a terminar jodidos, nosotros solo prolongamos un poco más su vida, sea bueno o malo eso. Pero el puto gobierno no los iba a salvar. Nacemos, combatimos y morimos. Cuando me ejecuten harán con mi piel algunos accesorios para señoras ricas, venderán mis órganos a quien pueda pagarlos y mis descubrimientos con biotecnología ya no servirán a niños pobres. ¿Usted cree que eso es un final feliz?

—Yo no estoy para juzgar, pero le pregunto: ¿Cómo preferiría morir? ¿Cómo un prisionero o de otra forma?

—Ya no hay escape para mí. Esta prisión lunar no tiene naves de salida. Sé que a usted la teletransportaron. Entonces solo quiero unirme en la mierda con mi querida Meztli. Nacimos para perder, pero si pudiera elegir cómo morir, sería asestando un último golpe, combatiendo una última vez, recitando un poema de libertad o escupiendo a un pinche funcionario estúpido.

—Gracias, carnal reptiliano era lo que quería oír.

La documentalista se desprendió un pedazo de piel falsa del dorso de la mano, mostró al cocodrilo un pequeño tatuaje que decía *Podridos por siempre*. Sonó una canción antigua de la *Vulva records* y las alarmas se dispararon. Mas ya era demasiado tarde, los drones esféricos del equipo de la documentalista fungieron como bombas que volaron aquel pequeño pedazo de la prisión lunar.

Las noticias en las colonias espaciales no comentaron nada del incidente. Sin embargo, un *hacktivista* colocó el video en todos los portales de importancia y algo, algo resonó en el universo... hubo quienes voltearon a ver a los de abajo, a los podridos, a la basura, a la mierda, por primera vez.

José C. Sánchez (México, 1987) es escritor, cuentero y lector. Se formó en la práctica con asociaciones civiles y con los Promotores Culturales Comunitarios. En la teoría se formó como licenciado en creación literaria por parte de la UACM Del Valle; en el diplomado de literatura juvenil de la UABJO y tomó cursos en Secretaría de Cultura. Tiene obra escrita publicada en revistas, blogs y antologías. Por último, forma parte del Gran Colisionador de Textos Especulativos desde 2020. Además, es mediador de lectura y cultor de la escritura creativa.

— • —

«CÓSMOSIS» POTENCIALIDADES DE LA ABIOGÉNESIS

JULIO MARÍA FERNÁNDEZ MEZA

Majestad, señoras, señores. Yo, F. William Herschel, deseo expresar mi gratitud más sincera en nombre de todo mi equipo ante este honorable comité y el mundo por otorgarnos el Premio Nobel de Física por nuestro trabajo sobre la vida terrestre y extraterrestre.

Primero que nada, felicito a mis compañeras Sarah Dupont y Lidia Villa-Barnard, porque con ellas el número de mujeres que han recibido este galardón, asciende a seis, desde Marie Curie en los albores del siglo pasado a Maria Goeppert-Mayer en los años sesenta. En este siglo se han sumado Donna Strickland en 2018, Andrea Ghez en 2020, y mis dos colaboradoras en el año presente. Este incremento saludable y, más aún, necesario es indicio de que, a medida que pasa el tiempo, se validan los logros de las mujeres en la Física, ya que su prestigio en otras disciplinas científicas y humanísticas goza de mayor reconocimiento. Esperemos que las evaluaciones del comité sigan por buen camino en aras de la igualdad entre todos los seres humanos, sin importar con qué género se identifiquen. Que mis colegas y yo nos hayamos hecho conjuntamente

acreedores de este premio, me hace confiar en que el mundo está cambiando para bien.

Si bien se perciben aires de cambio, es irrefutable que vivimos tiempos turbulentos, acaso los más agitados de la Historia. Repudio que mi gobierno apoye al gobierno genocida de Israel, que no es otra cosa lo que comete en contra del pueblo palestino y del Estado que legítimamente representa. Abomino que los feminicidios, la violencia y la destrucción ambiental cada vez empeoren más. Aborrezco que haya guerras por doquier y que, por desgracia, se avecinan más. Honorable público, estoy convencido de que todo científico tiene la responsabilidad de pronunciarse políticamente y de obrar con ética por el bien de la humanidad y de todos los seres vivos de la Tierra. No podemos enfrascarnos en nuestro trabajo y hacer caso omiso del sufrimiento y la injusticia tremebundos. Felicito al comité sueco por permitir que mi equipo y yo nos pronunciemos de manera abierta y que el mundo entero nos escuche sin que se nos censure ni tergiverse. Por ello manifestamos nuestra enérgica condena de los hechos reprobables que se viven día a día y exigimos que los responsables actúen como debe hacerlo toda sociedad moderna, a favor de sus ciudadanos y con respeto y concordia hacia las demás naciones. Nos referimos a la súper-potencias del mundo como Estados Unidos, China y Rusia, en conjunto con los miembros de la OTAN y toda otra nación prepotente como Israel, Corea del Norte e Irán. Los científicos jugamos al respecto un papel invaluable, más aún después de la pandemia de 2019 que trastocó el mundo como lo conocemos. Confiamos en que el panorama que acabo de describir es posible si trabajamos juntos.

Me presento ante ustedes en representación de todo el equipo. A juicio de mis colaboradoras, la perspicuidad y la soltura que me caracterizan, me servirán para presentar los resultados a los que llegamos hace más de veinticinco años. Ellas reiteraron que un nombre como el mío suscitaría una gran impresión entre todos ustedes y me aclamaron como la persona ideal para divulgar nuestros descubrimientos. Mis padres me llamaron Frederick William Herschel. Como mi padre, comparto el nombre que el célebre descubridor de Urano adoptó al inglés. Cuando yo era un muchachito, mis compañeros de escuela no sabían quién era el señor Herschel, ni mucho menos tenían idea del mundo que descubrió, por lo que poca gente se ha burlado de mí a lo largo de los años, al menos en lo que respecta a la asociación simplona que hay en inglés entre el planeta Urano y el recto. Ya en la universidad no hubo de otra más que padecer las bromas de los colegas, pero ¿qué podrían importarme a mí esas nimiedades si me convocaban las estrellas?

En la pubertad supe que mi apellido coincidía con el del señor Herschel. En esos años, cuando fui muy feliz en casa de mis padres, me absorbí en los almanaques de la casa. Me acuerdo especialmente de la entrada del señor Herschel de uno de esos libros voluminosos de la casa. A mis padres les pareció que el nombre me sentaba bien, porque presintieron que me interesaría en la ciencia. Al día de hoy no deja de asombrarme su perspicacia. La coincidencia me impulsó a seguir los pasos del científico, del catalogador de las nebulosas. Tal vez el linaje de herreros y carpinteros de donde provengo vaticinó mi profesión. Mis padres no se dedicaron a estos nobles oficios, porque, como yo, son científicos. Mi padre se dedica

a la biología evolucionista y mi madre a la química orgánica. De suerte que estaba encaminado a estudiar los componentes intrínsecos de la vida.

Al respecto de mis abuelos, quisiera mencionar a mi abuela materna, la primera que se asentó en Boston, de donde somos. Originaria de Irlanda, mi abuela fue una de las carpinteras más renombradas de su época, en una profesión que, por tradición no se asociaba con las mujeres y, sin embargo, ella sacó adelante a su familia al superar todas las expectativas. Lo mismo afirmo de mi abuelo paterno, criado y nacido en New Bedford, cuya herrería hizo prosperar aquella ciudad creciente y la cual, como saben, marcó un hito a favor del abolicionismo antes y durante la Guerra de Secesión.

En lo que coinciden los herreros, los carpinteros y los astrónomos es que los tres trabajamos la materia. Dedico estas palabras a mis padres, que siempre me apoyaron para dedicarme a las ciencias y que ahora me escuchan en la primera fila de este honorable recinto. Espero que estén tan alegres como yo de que su hijo siga los pasos del señor Herschel, porque, de algún modo, también soy un forjador de estrellas. Y mis colaboradoras también lo son. Aunque nosotros le damos forma a las estrellas de otro modo.

Si bien me siento honrado por haber sido elegido por mis colegas para pronunciar este discurso, no comprendo por qué aprobaron el título tan rimbombante que elegí. El subtítulo se explica por sí solo, ya que sintetiza la esencia de nuestra investigación. No obstante, ¿cómo consintieron que usara un término literario para abrir este discurso? Ya oigo los reproches de la prensa: “cuán poco profesional de mi parte titular así su

discurso de Premio Nobel”, “los científicos no hacen eso”, “el cosmólogo que abreva de la literatura, porque no tiene nada que decir”, y cosas así. Sea como fuere, “cósmosis” es uno de los neologismos procedentes de “Historia de la literatura bítica”, un cuentecillo de Stanisław Lem, a quien todos ustedes deben de conocer aquí, y si no es el caso y no han tenido el gusto de leerlo, por lo menos habrán oído su nombre.

En su texto, Lem refiere qué es lo que pasaría si las máquinas escribieran literatura. Aunque el cuento me agrada, no es más que una historia. Lo que en verdad me inspira de Lem más allá de sus especulaciones entremezcladas de ficción y realidad, y ésa es la razón por la que devoro su obra, es su don poético. A pesar de que no sepa polaco, la lengua de expresión de Lem, lo he leído en traducciones. Titulé este discurso “cósmosis” debido a que el neologismo es la unión feliz de “cosmos” y “ósmosis”. El término puede leerse como una «ósmosis del cosmos», lo que sugiere el proceso llevado a cabo por la abiogénesis, habida cuenta de que la ósmosis constituye una imagen de la formación de la vida y de la interacción estelar. Todos estos procesos de la naturaleza modifican en pequeña o gran escala el medio circundante.

También agradezco que, por segunda ocasión desde 2019, el Nobel se otorgue a la investigación en el ámbito de la cosmología. Hace unos años, los astrónomos suizos Michel Mayor y Didier Queloz lo recibieron debido a que en 1995 descubrieron el primer exoplaneta del que se tiene registro, 51 Pegasi b, el cual orbita alrededor de una estrella de secuencia principal parecida a nuestro Sol. Junto con ellos, el cosmólogo canadiense James Peebles compartió la distinción por sus

hallazgos teóricos en la cosmología física. Por tradición, el Nobel en nuestro campo se ha asignado a la física fundamental, cuyo objeto de estudio consiste en las partículas constitutivas de la naturaleza, los modos de operación de las fuerzas y la expansión del universo. El hecho de que, en años recientes, se premien los trabajos en materia de cosmología corrobora cuán pertinentes son las preguntas que se plantean y los resultados que se obtienen en el ámbito, ya que son de la mayor importancia científica, no sólo para la astronomía sino para la física en sí misma.

Mayor y Queloz observaron que la estrella se movía de un lado al otro a causa de un planeta cercano, de manera que se veía periódicamente más roja o más azul. A pesar de que en los años ochenta y noventa una serie de publicaciones giró en esa línea, los colegas suizos fueron los primeros en difundir su descubrimiento con toda convicción a diferencia de otros astrónomos cuyos resultados les parecieron ambiguos. Con la develación de 51 Peg b, llamado Belerofonte por Geoffrey Marcy (quien siguió la convención de nombrar los planetas a partir de figuras de la mitología grecorromana), comenzó la exploración de otros mundos allende el Sistema Solar. Al día de hoy, en pleno 2024, hemos localizado más de 5,500 cuerpos celestes externos, lo que representa el auge de la indagación sideral. De esta manera hemos podido mapear con mayor

precisión lo que nos rodea en el firmamento¹. La era del descubrimiento exoplanetario nos conduce, inevitablemente, a preguntarnos qué es lo que hay en esos mundos, si todos o casi todos carecen de vida, o si hay vida más allá de nuestro mundo y, más aún, si la vida de allá afuera es inteligente.

Mi equipo y yo creemos haber hecho una aportación más humilde, pero no por ello menos significativa: por ahora la respuesta intelectualmente más honesta que podemos hacernos acerca de si hay vida o no la hay más allá de la Tierra, es que no lo sabemos. Contamos con evidencia disponible que concuerda con los siguientes dos escenarios: hay información que avala la posibilidad de que la haya y a la vez hay información de que no la haya. Tal es la simetría entre ambas caras de la moneda. Desde el punto de vista científico, no es razonable decidirse por una de estas caras y negar la otra. Hasta que no contemos con evidencia concluyente no se podrá determinar cuál de ellas va a dominar. Evidentemente, sería un disparate afirmar que la vida no existe de ninguna manera en ninguna parte, dado que aquí se dio, aun cuando no sepamos cómo se originó la vida en la Tierra. Por esta circunstancia que me atrevo a calificar como milagrosa, todos ustedes me escuchan ahora hablar sobre la abiogénesis.

1. Preferimos limar algunos términos muy especializados que Herschel emplea en su discurso como Gyr (la norma de la medida de tiempo en disciplinas como la cosmología) o billón (lo que se acostumbra en el inglés norteamericano). A lo largo del texto, el lector notará la confluencia de cifras consignadas en número y letra. Se consignan las cantidades según la norma de la Real Academia de la Lengua Española (en adelante, RAE), es decir, se escriben con letra, los números del uno al diez; a partir del once, con número, salvo en aquellos ejemplos en que Herschel recurre a la aritmética, las cifras decimales o los signos operacionales, en cuyo caso se registra el número (*N. del E.*).

Así, la ciencia sostiene uno de sus debates más acalorados en torno de esta contradicción mayúscula, de este sinsentido aparente: ¿cómo es posible que la Tierra sea un paraíso donde la vida florezca si las probabilidades para que ésta surja son, por decir lo menos, sumamente complicadas? Permítanme dar cuenta de algunas cifras para que dimensionen la desproporción que subyace en esa última pregunta. Si, además de nuestra casa, las condiciones para la vida podrían ser propicias o alguna vez lo fueron en otros rincones de nuestro patio estelar como Encélado, Europa o Marte, es consecuente suponer que por igual lo serían en un exoplaneta tan similar al nuestro como Kepler 22b, a 180 pársecs de nosotros, donde puede ser que un sinfín de organismos prospere y que esté distribuido a lo largo de varios ecosistemas. Algo parecido podría afirmarse sobre la Vía Láctea, donde se estima que hay 400 mil millones de estrellas, muchas de las cuales podrían contar con sus respectivos sistemas planetarios. El panorama se desborda si consideramos el universo observable, cuyo número estimado de astros se calcula aproximadamente en los setenta sextillones, es decir, setenta seguido de veintiún ceros. A esa cantidad monstruosa hay que añadir otra, o sea, los diez millones de mil millones de planetas que se cree que orbitan alrededor de semejante maremágnum estelar.

Y, sin embargo, nada... Hasta el momento no hemos encontrado ni una sola huella, ninguna evidencia definitiva sobre la existencia de vida más allá de la Tierra. Espero no haberlos arrojado al mar cósmico, entre cantidades que no son nada sencillas de imaginar. Las menciono aquí, porque a mi equipo y a mí no le interesa usar números a diestra

y siniestra, sino que más bien deseamos presentar algunos problemas sobre el comienzo de la vida. Ustedes perdonen a los cosmólogos. No podemos ocultar que nuestra profesión nos seduce irremediabilmente.

Si partimos de estas premisas, en un escenario en que la probabilidad de abiogénesis no es alta, el tiempo que se requiere para que la vida se dé en aquellos mundos en que las condiciones sean favorables para ello, tiende a ser de distribución uniforme. La abiogénesis constituye aquel proceso en que la materia inorgánica se transforma en orgánica debido a la interacción de una serie de compuestos. Este planteamiento de la distribución uniforme, con sus respectivos matices, fue postulado por Hansen en el ámbito de la economía más o menos al mismo tiempo que nuestros hallazgos a fines del siglo pasado.

En 1952 en la Universidad de Chicago, Stanley Miller y Harold Urey trataron de reproducir la sopa primitiva de la Tierra. En un recipiente calentaron agua, metano, amoníaco e hidrógeno. Y si bien se produjeron aminoácidos, no se obtuvo ninguna proteína compleja ni ADN. Hasta ahora ningún experimento ha podido recrear el caldo primordial en el que creemos que se dio la vida. Estas y otras desavenencias parecidas más o menos coinciden con la hipótesis de la Tierra rara, propuesta por Peter Ward y Donald Brownlee en el año 2000. Para ellos, la probabilidad de la vida extraterrestre compleja es un fenómeno extraño, porque se requiere que una gran cantidad de procesos astrofísicos y geológicos ocurra para que la vida acontezca.

Nuestros trabajos arrojaron que es calculable la probabilidad de la abiogénesis. Aquí resumimos los resultados mediante

el siguiente esquema: pensemos en un conjunto, que puede componerse de un grupo de estrellas como nuestra galaxia e incluso todo el universo. En tal conjunto, el número de mundos habitables es igual a N . La probabilidad de abiogénesis en algunos miles de millones de años sería entonces igual a 1 ($= 1$). Al dividir 1 entre N ($1 \div N$) obtendríamos como resultado lo que se amolda a nuestro caso, es decir, la Tierra, como el único ejemplo de ese conjunto. De hecho, en cada ejemplo de este primer conjunto sólo habría un ejemplo de vida. Pero quizá esto no sea así, porque es posible que la probabilidad de que el proceso se amolde a 1 dividido entre N ($1 \div N$), sin importar el conjunto al que mi equipo y yo nos referimos, se trasluzca como algo inusual. Lo consecuente es que la probabilidad sea o más grande o más pequeña que 1 dividido entre N . En caso de que la probabilidad fuera más grande, se esperaría que no estuviéramos solos en cualquier ejemplo de conjunto, en vista de que el universo estaría colmado de mundos habitables. En caso de que fuera más pequeña, la probabilidad sería mínima debido a que la mayoría de los conjuntos carecería de vida, y, así, viviríamos en uno de los raros ejemplos donde prosperó. Todo esto apunta a que no parece lógico que cada galaxia cuente con un solo planeta habitado. O bien toda galaxia cunde de vida, o bien es insólita la manifestación de vida en las galaxias.

Lo que sí sabemos con cierto grado de detalle, está directa e indefectiblemente relacionado con la vida de la Tierra. Mi equipo y yo pedimos un poco de paciencia para describir ahora cuán complejo es el origen de la vida y la evolución. Respetable público, nos interesa que todos ustedes sean capaces de recorrer esta cronología de procesos junto con mis colaboradoras y

conmigo para que sean conscientes de cuántas circunstancias debieron ocurrir para que la vida se diera. Además, no podré detallar con toda la amplitud que se requiere lo que a continuación diré en este discurso. Cada uno de los procesos que describiré, precisaría varias páginas de exposición y una radiografía meticulosa. Pero no deseo cansarlos ni exasperarlos. Tan sólo solicito un poco de su paciencia. En cualquier caso, lo que expondré no representa más que un homenaje de lo que algunos miembros de la comunidad han legado a la humanidad. Lo menciono ahora por su pertinencia indudable, puesto que me importa ahondar en los hallazgos de la comunidad en vez de insistir en lo que mi equipo y yo descubrimos. Si ustedes desean saber más al respecto de lo que explayaré, pueden consultar algunos trabajos de nuestra autoría conjunta en diversas publicaciones científicas de renombre. Por ahora permítanme llevarlos a lo largo de esta cronología fascinante.

El único lugar donde sabemos que la vida se ha manifestado, es en nuestro planeta. La vida es compleja y sofisticada. Hoy día sabemos que alrededor de 1.2 millones de especies habitan nuestro mundo y hablo únicamente de las especies que conocemos, ya que falta añadir a todos aquellos seres que estamos por descubrir. Tampoco indiqué las especies extintas, que, lamentablemente, cada vez son más y que la vasta mayoría está desapareciendo a causa de nosotros. La cifra que acabo de indicar representa, en opinión de los especialistas, el 1% de la totalidad de seres vivos que han vivido aquí. Se dice que el número de organismos que aún no descubrimos oscila entre 14 millones y mil millones de especies. De ahí la diversidad abrumadora de nuestra biósfera.

Aunque todavía no entendemos cómo y por qué la vida surgió aquí, sí tenemos conocimiento de varios factores determinantes. La creación comienza con el hidrógeno, el elemento químico más rico del cosmos, y continúa con el helio, que le sigue en abundancia. Desde el principio del tiempo, las nubes de hidrógeno y de helio han existido y es allí donde se forman las estrellas, los cuerpos celestes y la vida. Hace aproximadamente 4.5 mil millones de años, la onda de impacto de una supernova cercana activó la nebulosa solar (una nube de gas y polvo en forma de disco) y ésta empezó a girar muy rápido. De este modo se originó el Sol y luego comenzó la fusión nuclear. La estrella expulsó lenguas de energía que dispersaron la mayoría del polvo a su alrededor, el cual se acumuló en una serie de conglomerados. Cada uno de estos conglomerados también giró a gran velocidad. Y así se crearían los cuatro gigantes gaseosos y los cuatro planetas rocosos. Este proceso se conoce como acreción. Por ahora la acreción es el proceso de creación planetaria que la comunidad acepta como válido.

Fueron tiempos muy violentos para nuestro mundo. Varios cambios lo moldearon interna y externamente. Este período geológico se denomina el eón hádico² (llamado así por Hades, deidad griega del inframundo), porque no cabe duda de que fue infernal, debido a que la acreción hizo que el planeta estuviera al rojo vivo y en constante actividad. De manera interna la Tierra adquirió su estructura interna en capas diversas y su campo

2. A menos que en español se carezca del término, facilitamos al lector la traducción del inglés del vocabulario especializado que Herschel emplea. En el diccionario de la RAE no se encuentran registrados términos como “hádico” o “arqueano” que Herschel usa más adelante (*N. del T.*).

magnético como resultado de que los metales más pesados se hundieron hacia su núcleo. De manera externa sufrió colisiones reiteradas. Ya que Neptuno se dirigía hacia la órbita que, a la postre, ocuparía mucho material rocoso se estrelló en los cuerpos celestes internos. Llamamos esta etapa el Bombardeo Intenso Tardío³, cuya duración fue de unos 300 millones de años. A pesar de que la Tierra experimentó todos estos cataclismos, lo más llamativo de este período es que ya había agua en estado líquido en nuestro mundo. Y fluía por doquier. Sabemos que esto es así al datar los zircons detríticos. En estos silicatos de hace 4.4 mil millones de años encontramos evidencia de que los zircons estuvieron en contacto con el agua. Como estoy seguro de que todos ustedes saben, consideramos que el agua es básica para la vida y, por lo tanto, su importancia no puede obviarse.

Sin embargo, ¿cómo puede ser que el agua fluyera si la Tierra era una bola incandescente? Todavía no lo sabemos con certeza; pero creemos que el bombardeo pudo haber sido la causa, puesto que no es raro que los meteoritos contengan hielo. Al impactar el planeta, el hielo debió de derretirse de los meteoritos y más tarde el líquido debió de cubrir buena parte de la superficie terrestre. Luego se dio la tectónica de placas y nuestro mundo comenzó a ser reconocible. La actividad volcánica transformó la composición de la atmósfera de gases tóxicos de invernadero, producto del eón hádico, a dióxido de carbono. Se redujo la cantidad de metano y menos calor quedó

3. Herschel escribe aquí "LHB" ("*Late Heavy Bombardment*") por sus siglas en el original (N. del T.).

atrapado en la capa atmosférica. A medida que la Tierra se enfriaba, las nubes se formaron, la lluvia se precipitó a lo largo del globo y brotaron los océanos. Neptuno se estableció en su órbita y el bombardeo terminó por fin.

Poco después, hace cuatro mil millones de años, aconteció el período arqueano, que en griego quiere decir “origen” o “comienzo”. En aquel entonces la atmósfera era rica en nitrógeno y dióxido de carbono y carecía de oxígeno, pero había abundante agua líquida en la superficie terrestre. Aunque no sabemos con precisión dónde comenzó la vida, en el norte de lo que ahora es Quebec hallamos lo que por el momento se consideran los restos tempranos de una serie de procesos biológicos, pues su datación corresponde a este período. Esto demuestra que, aun siendo conservadores, la vida ya estaba arraigada hace 3.8 mil millones de años. Recientemente se descubrió que hay microbios que viven bajo el agua y se alimentan del calor emanado de las fuentes hidrotermales, lo que contradice nuestra creencia de que todo ser depende de la energía solar para subsistir. Lo cual quiere decir que la vida pudo haber emergido en el agua cerca de las fuentes hidrotermales o de cualquier otra fuente similar. En 2016, Weiss y su equipo llevaron a cabo un estudio sobre los genes que estaban presentes en el último ancestro común de todos los seres vivos. Se identificaron más de 350 genes. A pesar de que se ignora qué tipo de organismo evolucionó entonces, se concluyó que lo más probable es que fuera anaeróbico y que dependiera del hidrógeno. Lo que equivale a decir que se desarrolló en un ambiente rico en nitrógeno y dióxido de carbono, es decir, las condiciones terrestres que corresponden con este período

geológico. Con el tiempo estos organismos dependientes de las fuentes hidrotermales se mudaron de las profundidades de las aguas hacia la luz solar.

Entonces, surgieron células con optimizaciones aleatorias, y así se favoreció la supervivencia mediante la selección natural de aquellas células que estaban mejor adaptadas. A partir de las primeras proteínas se formaron colonias cercanas a la luz solar. Durante este período los organismos procariontes carecían de núcleo y su ADN se situaba en el citoplasma. Antes creíamos que eran las arqueobacterias, si bien esta clasificación ha caído en desuso debido a las diferencias sustanciales entre estos seres con respecto de las bacterias y de los organismos eucariontes. La vida sobrevivía ya en aguas poco profundas. Después se formaron los primeros núcleos celulares. Luego se manifestaron las primeras algas. Éstas se encargaron de hacer el agua más habitable y menos ácida. Debido a que las cianobacterias reemplazaron el dióxido de carbono y metano por oxígeno por medio de la fotosíntesis, varios millones de años más tarde surgieron las primeras plantas multicelulares y los primeros microorganismos. Y el resto es historia. Para no abrumarlos más a todos ustedes, continúo mi discurso sobre la historia de la vida terrestre a lo largo de las eras.

Hasta aquí he descrito la abiogénesis que, como dije, consiste en la transformación de la materia inorgánica a orgánica a partir de diversos compuestos. Aunque no contamos aún con un modelo general de explicación de este proceso, pensamos que la vida se originó a partir de la interacción de las moléculas. Posteriormente, en los suelos oceánicos, la dinámica se reforzó con la aparición de los sistemas moleculares. El radical

metilidino⁴ es un componente crucial de esta interacción, que debe calentarse por las fuentes hidrotermales o la luz ultravioleta del Sol. Así, estos sistemas se transformarían en biopolímeros por medio de procesos biológicos como la clonación y la división celular. Y de este modo arrancó la evolución como la conocemos. A medida que estos biopolímeros se reprodujeron, las mutaciones e inconsistencias se suscitaron. Como resultado, prevalecieron aquellos organismos mejor adaptados a su medio. De ahí la selección natural a la que me referí hace poco. Entonces evolucionaron en ácidos, proteínas y carbohidratos. Después estos componentes crearon las primeras formas complejas multicelulares como las colonias sistemáticas de átomos. La mayoría de los estudios subraya que la vida emergió en un ambiente caliente, bajo condiciones inhóspitas para la mayoría de los organismos que hoy en día prosperan prácticamente en cualquier confín del orbe.

Ahora bien, si las condiciones sobre los orígenes de la vida parecen ser únicas por ahora, a toda esta serie de factores hay que añadir las características del Sistema Solar. A diferencia de nuestro planeta, hemos observado que, en general, aquellos sistemas que orbitan alrededor de otras estrellas suelen compartir varios rasgos entre sí. Permítanme enumerar algunos atributos distintivos de nuestro mundo. Comparada con otros satélites del Sistema Solar, la Luna es tan masiva que no debería

4. Lamentablemente, la RAE quitó de la actualización del diccionario del 2023 el término “metilidino” que se encontraba en la edición de 2021. Esperamos que cada vez más se incorporen en el lexicón términos de jerga científica, puesto que la carencia de ellos en lengua española, si se comparan lo que ocurre en otras lenguas, es preocupante (*N. del T.*).

ser considerada como una luna. A excepción de su peso, ya que la Luna constituye apenas una parte mínima del planeta alrededor del que gira, nuestro satélite es prácticamente idéntico a la Tierra en muchos sentidos. Por ello se conjetura que la Luna se formó a causa de la colisión de la Tierra con el protoplaneta Theia. La vastedad de la Luna le permitió a nuestro mundo desarrollarse en un ambiente muy estable como el que se produce con las mareas. Un vasto número de exosistemas posee las así llamadas Súper Tierras o los Júpiter- calientes; no obstante, ninguno de estos tipos de mundo se presenta aquí en nuestro sistema.

Es común que los exoplanetas orbiten muy cerca de su estrella, tal como acontece en el sistema trappist-1, a 12.1 pársecs de nosotros. Su planeta más lejano está cuatro o cinco veces más cerca de lo que Mercurio está respecto del Sol. Tampoco contamos con enanas café, planetas masivos de mucho mayor tamaño en comparación con Júpiter. Por lo regular los exoplanetas son bastante similares entre sí, esto es, son uniformes, porque tienen virtualmente el mismo radio y la misma masa, y sus órbitas son ovaladas. Al contrario, en nuestro sistema hay planetas rocosos y gaseosos con órbitas elípticas. Y no puede omitirse al Sol. Tal parece que las características de nuestro astro no sólo han sido propicias para el surgimiento de la vida, sino que fueron determinantes. Por consiguiente, la eyección de masa coronaria del Sol, que puede afectar seriamente la biósfera, es menor en relación con otras estrellas más activas, de mayor peso y/o tamaño. Nuestro Sol es una estrella un tanto rara y pertenece a la clase G, cuya duración oscila en los nueve o diez mil millones de años. Por supuesto,

el Sol ha sido, desde la mitad de su vida, el motor que pone en movimiento a la Tierra y que hace que todo medre aquí.

Todos los factores hasta aquí dichos han sido esenciales para las condiciones paradisíacas de nuestra casa, en razón de que está situada en la zona habitable del único sistema donde sabemos que la vida se ha suscitado. No obstante, ante la inmensidad del universo y ante la cantidad colosal de materia que hay en él, la cual palidece en comparación con la energía y masa oscuras, ¿cómo es posible que, hasta ahora, no hayamos encontrado ningún otro tipo de vida, ni tampoco vida inteligente? ¿Acaso estamos por descubrir otros seres fascinantes, gestados en regiones inexploradas, que siguen decursos propios de evolución y que se crían bajo ecosistemas particulares? ¿O acaso otros seres como nosotros están allá fuera a la espera del contacto? ¿Acaso hay otros observadores como nosotros que son capaces de formular preguntas profundas sobre ellos mismos y sobre el medio que los rodea?

¿O acaso estamos solos en el universo y no hay nadie más que nosotros mismos en la vastedad sideral? Si bien es probable que encontremos vida extraterrestre en algún rincón del Sistema Solar, cuando los hallemos, ¿seguiremos sintiéndonos solos, porque quizá la vida que descubramos no será “inteligente”, y, por lo tanto, no podremos transmitirles quiénes somos a esos organismos y de dónde venimos? ¿Algo parecido nos ocurrirá si encontramos vida extraterrestre más allá del Sistema Solar? ¿Nos queda algún consuelo ante esta angustiosa soledad?

Ninguna de estas preguntas puede responderse satisfactoriamente hasta el momento. Sospechamos que encontraremos vida extraterrestre relativamente pronto. Como

dije, algunos sitios del Sistema Solar son prometedores. Huelga decir que si uso la palabra “extraterrestre” no me refiero a la acepción tendenciosa del término, sino que hablo sencillamente de la vida que está más allá de nuestro mundo. Es claro que no estoy refiriéndome a los seres grisáceos, de miembros alargados y cabezas prominentes con ojos negros y ovalados, que mucha gente cree que así deben de lucir los extraterrestres que vienen aquí para experimentar con nosotros, y que desean abducirnos y hacernos cualquier maldad que les venga en gana. Y eso si pensamos en la representación más o menos popular de lo que creemos que son o cómo se ven los alienígenas, porque es evidente que hay muchas otras, aunque no puedo enumerarlas aquí. No diría que me irritan esas representaciones tan pintorescas, pero definitivamente no puedo creer en ellas.

Preguntémonos qué obtendría una especie inteligente al venir a este planeta si el viaje interestelar constituye una empresa tan ardua y difícil de concretar que ningún ser humano ha podido llevar a cabo hasta ahora. ¿Acaso una especie alienígena ganaría algo si experimentara con nosotros, si nos estudiara, o si analizara a los demás organismos de la Tierra? No creo en un escenario antropocéntrico como ése, si me permiten decirlo, porque una vez más nos situamos en el centro de la situación, y nos sentimos como los conejillos de Indias de especies supuestamente más avanzadas. Este escenario no es más que una simple inversión de nuestra historia rapaz y destructiva. No es otra cosa que mirar desde el ángulo opuesto cómo hemos sido con los seres vivos de la Tierra de los que disponemos, a los que tratamos como cosas que deben servirnos y a los que

matamos por el hecho de que los vemos como mercancías y productos.

Estimados amigos de la audiencia, no simpatizo con este escenario por cuán irresponsable es. Aunque no puedo vislumbrar, y creo que nadie puede hacerlo, qué ocurrirá si es que alguna vez la especie humana establece contacto con otra especie inteligente, quiero creer que no pasará lo que mucha gente teme que pasará, y que no nos volveremos esclavos de esos seres avanzados, ni tampoco los esclavizaremos si son menos avanzados que nosotros. Las cosas no tienen por qué ser así, tan maniqueas, ni tenemos por qué reproducir nuestra lamentable historia de atrocidades, genocidios y conquistas. Quizá por eso contemplo las estrellas, porque siento la esperanza de que podemos llegar allí sin tener que ser como hemos sido hasta ahora.

Antes de cerrar este discurso, permítanme traer a colación dos cuestiones que han puesto de manifiesto que el problema del comienzo de la vida de algún modo se correlaciona con el problema de la vida extraterrestre inteligente. Desde luego, me refiero a la ecuación de Drake y la paradoja de Fermi. Como sus nombres lo sugieren, la ecuación de Drake se basa en una formulación y la paradoja de Fermi se basa en una contradicción. La primera consiste en un argumento probabilístico que se emplea para estimar el número de civilizaciones capaces de comunicarse por medio de ondas de radio en la Vía Láctea. La segunda representa la contradicción aparente entre la falta de evidencia de civilizaciones extraterrestres situadas en algún punto de la galaxia y las probabilidades elevadas de que existan.

Drake formuló su ecuación en 1961. Él razonó que el número de civilizaciones comunicativas podría medirse si se cumplieran siete parámetros de la ecuación. El primero de estos factores, la frecuencia de la formación estelar, ya se conoce bastante bien. Al tener conocimiento de este factor, los astrónomos se concentraron en los dos siguientes, que indican la fracción de estrellas con planetas y el número promedio de planetas que pueden potencialmente sostener vida por cada estrella que tenga planetas. Estos dos factores suelen combinarse el uno con el otro y denominarse en conjunto como Tierra-Eta (η). La Tierra-Eta es a todas luces observable, porque otros factores, como la duración de una civilización, son más difíciles de precisar debido a la inviabilidad de construir modelos de medición al respecto. Se considera que este factor es observable, puesto que sólo se requiere contemplar el cielo y contar cuántos planetas similares a la Tierra detectamos.

Instituciones de reputación internacional como la NASA se vieron motivadas en perseguir este objetivo, de tal modo que el telescopio Kepler fue lanzado en 2009 y su vida útil apenas terminó hace unos años en octubre de 2018. Como dije, al día de hoy se ha confirmado la existencia de más de 5,500 exoplanetas. Una parte considerable de ellos fue descubierta por este telescopio. A pesar de esta circunstancia estupenda, Kepler solamente encontró un planeta cuyo tamaño es 20% del tamaño de la Tierra y con período orbital, el cual se llama Kepler 452b en su honor. Cabe mencionar que este exoplaneta es algo controversial, puesto que se duda que sea un exoplaneta en sí. Por ahora el porcentaje estimado de Tierra-Eta oscila en tan sólo

1%, lo que insinúa la baja probabilidad de la manifestación de vida de los exoplanetas.

Sin embargo, el panorama puede que cambie gracias al lanzamiento reciente en 2021 del telescopio James Webb (JWST), diseñado para hacer observaciones astronómicas en infrarrojo. La primera fotografía tomada por este aparato se tomó en julio de 2022. Es una imagen del cielo visible del hemisferio sur que se centró en SMACS 0723, un cúmulo de galaxias en la constelación de Volans, en la que se ven miles de galaxias, algunas con una antigüedad de 13 mil millones de años. Dado que uno de los objetivos principales del JSWT es hallar exoplanetas potencialmente habitables, se espera que detecte metano en la atmósfera de aquellos cuerpos celestes que cuenten con ella, lo que determinará si este gas representa o no una biosignatura⁵.

De vuelta a la paradoja de Fermi, Michael H. Hart organizó los puntos básicos de la paradoja en un trabajo publicado en 1975. Dos años más tarde, Jerry R. Ehman rubricó la expresión “Wow!” en la señal 6EQUJ5 que recibió el telescopio de la Universidad de Ohio mediante una señal de radio debido a que se apreciaron las características de lo que algunos creen que es una señal de emisión alienígena. Desde entonces no hemos podido percibirla por segunda ocasión pese a los esfuerzos globales para dar con ella. Aun cuando muchas hipótesis de origen natural o humano se han planteado sobre la señal

5. “*Biosignature*” en inglés. El término tampoco se registra en el diccionario de la RAE a pesar de que proviene del griego “βίος” y el latín “*signatura*”, y podría incorporarse fácilmente al lexicon (*N. del T.*).

“Wow!”, la cuestión todavía es un misterio. Algunos consideran que la transmisión y recepción de ondas radioeléctricas deberían ser tomadas en cuenta como métodos confiables para detectar vida inteligente, aunque se da por sentado que una civilización inteligente utilizaría la transmisión y recepción de ondas radioeléctricas para comunicarse consigo misma o con otras especies, lo que no tiene por qué ser el caso.

No cabe duda de que hemos emitido transmisiones de esta condición durante unos cien años, cuya velocidad es más o menos la de la luz. Se dice que esta burbuja de ondas radioeléctricas alrededor de la Tierra podría medir 200 años luz de diámetro, una cifra nada baladí, puesto que atraviesa miles de exosistemas solares. A pesar de estos antecedentes, aún no contamos con evidencia que satisfaga esta búsqueda. Bien puede suceder que las civilizaciones, en efecto, estén allá afuera, pero quizá no hemos podido ubicarlas, porque nuestros métodos de exploración todavía están en la infancia. Hay quienes columbran que el universo es tan incomprensiblemente vasto, que se antoja del todo probable que alguna forma de vida inteligente merodee por allí, sin importar su grado de desarrollo. Y aun así volvemos a lo mismo: hasta que no entremos en contacto con otro ser consciente, no contamos con nada definitivo ni concluyente para afirmar que la vida inteligente existe más allá del planeta Tierra.

Es probable que hayan oído hablar de la hipótesis del “Bosque Oscuro”, en la que se plantea que, si bien hay civilizaciones alienígenas, ninguna ha establecido contacto por temor a ser destruidas por otras civilizaciones y eso nos incluye. Esta conjetura se hizo popular por la novela de ciencia ficción

del escritor chino Liu Cixin, aunque hay muchos ejemplos previos como la mencionada paradoja y también hay ficciones que parten de una premisa muy similar como “La nueva cosmogonía”, de Lem, que se incluye en *Vacío perfecto*, ese libro raro y maravilloso.

Al meditar sobre la vida extraterrestre, solemos partir del principio de mediocridad, en que se sostiene que, al extraer un elemento al azar de algún conjunto, lo más probable es que provenga de la categoría más numerosa y no de cualquiera de las categorías menos numerosas. Lo que equivale a decir que nuestras experiencias deben de ser comunes y que las reglas aquí presentes deben de serlo también en cualquier otro lugar del universo. No en vano se han subrayado las coincidencias de este principio con el principio de Copérnico, en que se señala que los humanos no somos observadores privilegiados del cosmos. En consideración de mi equipo de trabajo, quiero hacer hincapié que, al reflexionar acerca de una de las preguntas más profundas que como especie nos hemos planteado, hay que tener el ojo crítico y la mente abierta. Como he expuesto ahora, apreciable público, la información disponible concuerda con ambos escenarios. Puede ser que la vida extraterrestre sea abundante en el universo o puede ser que no lo sea en absoluto. Y también debe considerarse la posibilidad de la vida inteligente. Tan probable es que la vida inteligente se haya dado más allá de este mundo como tan probable es que no se haya dado más que en este mundo.

Estoy convencido de que no hay que sentirse atemorizado si se llegara a comprobar cualquiera de las dos posibilidades. Por más admiración que sienta por el gran escritor de ciencia

ficción, el señor Arthur C. Clarke, aprovecho la ocasión para refutar su famoso dicho. Él dijo lo siguiente: «existen dos posibilidades: o estamos solos en el universo o no lo estamos. Ambas son igualmente terroríficas». En más de una ocasión coincidimos mis colegas y yo que la opinión admirable del no menos admirable señor Clarke es pobremente reductora. Permítanme preguntarles ahora, amigos queridos, ¿no les parece sensato consentir la oportunidad de afrontar cualquiera de estos escenarios sin que cunda el pánico? La frase del señor Clarke parte del supuesto de que los dos escenarios serán contraproducentes para nosotros. Y, hasta el momento, ninguno de estos escenarios se ha cumplido. Antes bien, los únicos seres que, hasta ahora, son nocivos consigo mismos, con los demás seres vivos y con el entorno donde vivimos, somos nosotros y nadie más que nosotros.

Respetable público, yo concuerdo con lo que Richard Feynman dijo en una entrevista a pocos años de su muerte. Me abstengo de citarla, porque no deseo tergiversar su mensaje. En esencia, él afirma que puede vivir en la duda, la incertidumbre, la perplejidad, puesto que parece más interesante vivir sin saber, que tener respuestas que tal vez estén equivocadas. No hay motivos para que estemos asustados, porque no sabemos por qué estamos aquí, ni tampoco tenemos por qué sentir que no tenemos propósito alguno y que estamos perdidos a la deriva en un cosmos indiferente.

Y la razón, me parece, es simple: *no* podemos saberlo todo, *ni* tenemos que saberlo todo. Amigos míos, esto nos ha permitido a mi equipo y a mí apreciar por qué es menester estudiar la abiogénesis y por qué debemos concentrarnos cada vez más en

desentrañar su potencial con tal de comprender cómo llegamos a ser quiénes somos. Desde los compuestos más sencillos hasta los organismos unicelulares, de los seres multicelulares hasta los complejos, la vida transita por cambios incontables a fin de evolucionar. Queda en las manos de las futuras generaciones hallar la evidencia que nos conduzca a observar cómo es la vida en los recovecos de la creación, allá donde todavía no hemos llegado.

Desde el punto de vista de mis colaboradoras y del mío, la abiogénesis conjuga buena parte de las disciplinas científicas, porque busca que se relacionen íntimamente entre sí. Representa un buen ejemplo de las transdisciplinas, ya que se requiere de la colaboración de varias ramas del conocimiento para que se cumplan de manera cabal todos y cada uno de sus objetivos. Quien se adentra en el estudio de la abiogénesis, suele desenvolverse en ámbitos que no suelen ser de su especialidad, o, cuando menos, solicita el apoyo de aquellos otros colegas que cuentan con más experiencia en otras áreas. En consecuencia, parece ser que la cooperación que se espera entre los miembros de un equipo de trabajo dedicado a este tipo de investigación, tiende a ser mayor en comparación con otras disciplinas científicas, habida cuenta de las grandes lagunas que al respecto se tienen.

Finalmente, ¿cuál es la importancia de estudiar esta particularidad de la naturaleza? ¿Es sensato que invirtamos tiempo y recursos en estudiar cómo y por qué surgió la vida aquí y en otros mundos? ¿O, por el contrario, se antoja una tarea superflua e inútil? Si me lo preguntan, creo que conviene tomar en cuenta lo siguiente: quizá sí haya un consuelo del cual asirse,

un alivio al que podemos recurrir para no padecer la zozobra de las estrellas, si es que nos produce angustia la soledad del espacio sideral. La abiogénesis no solamente nos impulsa a escudriñar los orígenes de la vida, sea aquí o sea en otros planetas o satélites, sino que también representa un aliciente para proteger lo más valioso con que contamos: nuestro planeta Tierra. Me parece absolutamente necesario preservar la biodiversidad extraordinaria y compleja de nuestra casa, tanto la de todos nosotros como la de todos los seres vivos, puesto que aquí vivimos. De la misma manera en que un microorganismo no puede separarse de su hábitat, porque requiere desarrollarse allí para sobrevivir, los demás organismos, y eso nos incluye, tampoco podemos moverse a otra parte. No por el momento. Mientras no logremos viajar a las estrellas, nuestro destino permanecerá inexorable e íntimamente relacionado con la Tierra, con este mundo en verdad singular.

Surquemos el mañana con esta esperanza, puesto que el planeta es nuestra casa, el único lugar donde la vida se ha dado y donde un organismo como nosotros contempla su realidad, se contempla a sí mismo y se formula preguntas que, al cabo, pautarán el rumbo de la humanidad hacia la bóveda celeste y hacia el futuro. Muchas gracias.

Julio María Fernández Meza (Veracruz, Veracruz, 1985) es un escritor, crítico literario y docente mexicano. Es Doctor en Literatura Hispánica por El Colegio de México. Es Candidato a Investigador Nacional del Sistema de Investigadoras e Investigadores de la Secretaría de Ciencia, Humanidades, Tecnología e Innovación. Ha publicado textos de creación y textos académicos en diversos medios de México, Estados Unidos, España y otros países. Ha participado en numerosos congresos nacionales e internacionales de literatura y estudia la Literatura Hispánica, la Literatura Inglesa y la Literatura Comparada. Ha recibido algunas distinciones de creación y de crítica literaria.

ARTE DE LA PORTADA



Playita, por Darío Cortizo.

Darío Cortizo (Morelia, México 1999). Es licenciado en Arte y Diseño por la UNAM. Ha trabajado como ilustrador editorial, ilustrador para medios audiovisuales y en la docencia de artes. Su área principal de trabajo se encuentra en revistas de periodismo cultural y de contenido literario. Entre éstas, se encuentran la revista Lee+ de Librerías Gandhi, la revista Tierra adentro del Fondo de Cultura Económica, así como la revista digital Primera Página. Su enfoque principal de producción se vale del cómic y la ilustración; sus principales temas de interés son la ficción y el subjetivismo.